

Jean Allouch

La sombra de tu perro

Discurso psicoanalítico

Discurso lesbiano

95

el cuenco de plata



ensayo

Ediciones Litterales

Lo dijo una novelista (Dominique Desanti): psicoanalizar es un oficio de perros.

Y un psicoanalista (Jacques Lacan) lo aprobó públicamente, llegando a escribir en *Le Monde*: “Cléo [la heroína de *Un oficio de perros*] ofrece sin ser chocante lo que de otro modo sería imposible de decir, lo que los verdaderos psicoanalistas nunca en la vida revelarán: la verdad de una mujer sobre el amor.”

¿Qué es entonces amar como perro? ¿Qué es amar a un perro? ¿Qué es el amor perro? ¿Qué la perrería amorosa?

Sidonie Csillag (llamada “joven homosexual” en Freud), fallecida en 1999, ejemplificó en su vida ese amor perro. Su enseñanza es tomada en cuenta en este libro.

El resultado es un curioso intercambio de lugares entre discurso psicoanalítico y discurso lesbiano donde se aclara, aunque en negativo, un punto que había persistido como uno de los más oscuros en el psicoanálisis: el amor de transferencia. ¿Derivaría ese nuevo amor de la perrería amorosa?

Me esconderé
Para mirarte
Bailar y sonreír
Y escucharte
Cantar, después reír.
Déjame que me vuelva
La sombra de tu sombra
La sombra de tu mano
La sombra de tu perro

JACQUES BREL
Ne me quitte pas (



Sidonie Csillag, la “joven homosexual” de Freud, publicado por El cuenco de plata y Ediciones Literales.

UNIVERSIDAD ANDRES BELL



BILIB0210366
LA SOMBRA DE TU PERRO
35613000139600

Jean Allouch, psicoanalista, fue miembro de la École freudienne de París hasta su disolución. Dirigió, durante cuatro años, los primeros pasos de la revistas *Littoral*, luego, desde 1985 hasta 1989 la École lacanienne de psychanalyse, a la cual pertenece hoy. Además es director de la editorial francesa EPEL, participa en la revista *L'UNEBÉVUE* y propone un seminario cada año, en París y otros países (Argentina, México, Colombia, Uruguay, etc.).

OBRAS PUBLICADAS:

En estos tiempos (1992); *Letra por letra. Traducir, transcribir, transliterar* (1993); *Freud, y después Lacan* (1994); *El doble crimen de las hermanas Papin* (en colaboración con E. Porge y M. Viltard) (1995); *Marguerite, Lacan la llamaba Aimée.* (1995); *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca* (1996); *La etificación del psicoanálisis. Calamidad* (1997); *El psicoanálisis, una erotología de pasaje* (1998); *Hola... ¿Lacan? Claro que no* (1998); *El sexo de la verdad. Erotología analítica II* (1999); *El sexo del amo. El erotismo desde Lacan* (2001); *Faltar a la cita. "Kant con Sade" de J. Lacan. Erotología analítica III* (2003).

Allouch, Jean

La sombra de tu perro

Discurso psicoanalítico

Discurso lesbiano - 1° ed.

Buenos Aires : El cuenco de plata, 2004

128 pgs. - 20x13 cm. - (Ensayo)

Título original: *Ombre de ton chien.*

Discours psychanalytique. Discours lesbien

Traducción de Silvio Mattoni

ISBN 987-21615-4-2

1. Psicoanálisis 2. Ensayo I. Título

CDD 150.195

© 2004. EPEL

© 2004. Ediciones literales

© 2004. El cuenco de plata

Ediciones literales de la *école lacanienne de psychanalyse*

Directora: Marta Olivera de Mattoni

Comité editorial: Silvia Halac, Ernesto Lansky, Vicente Mattoni,
Ricardo Pon y Gustavo Rivarola.

Tucumán 1841. (5001) Córdoba. Argentina

ed_literales@ciudad.com.ar

El cuenco de plata

Director: Edgardo Russo

Diseño y producción: Pablo Hernández Giovanoli

México 474 Dto. 23 (1097) Buenos Aires

www.elcuencodeplata.com.ar

info@elcuencodeplata.com.ar

El error engendra su propia refutación, porque podemos comprobarlo plenamente y librarnos de él.

GEORGES CANGUILHEM

Estudios de historia de la filosofía de las ciencias

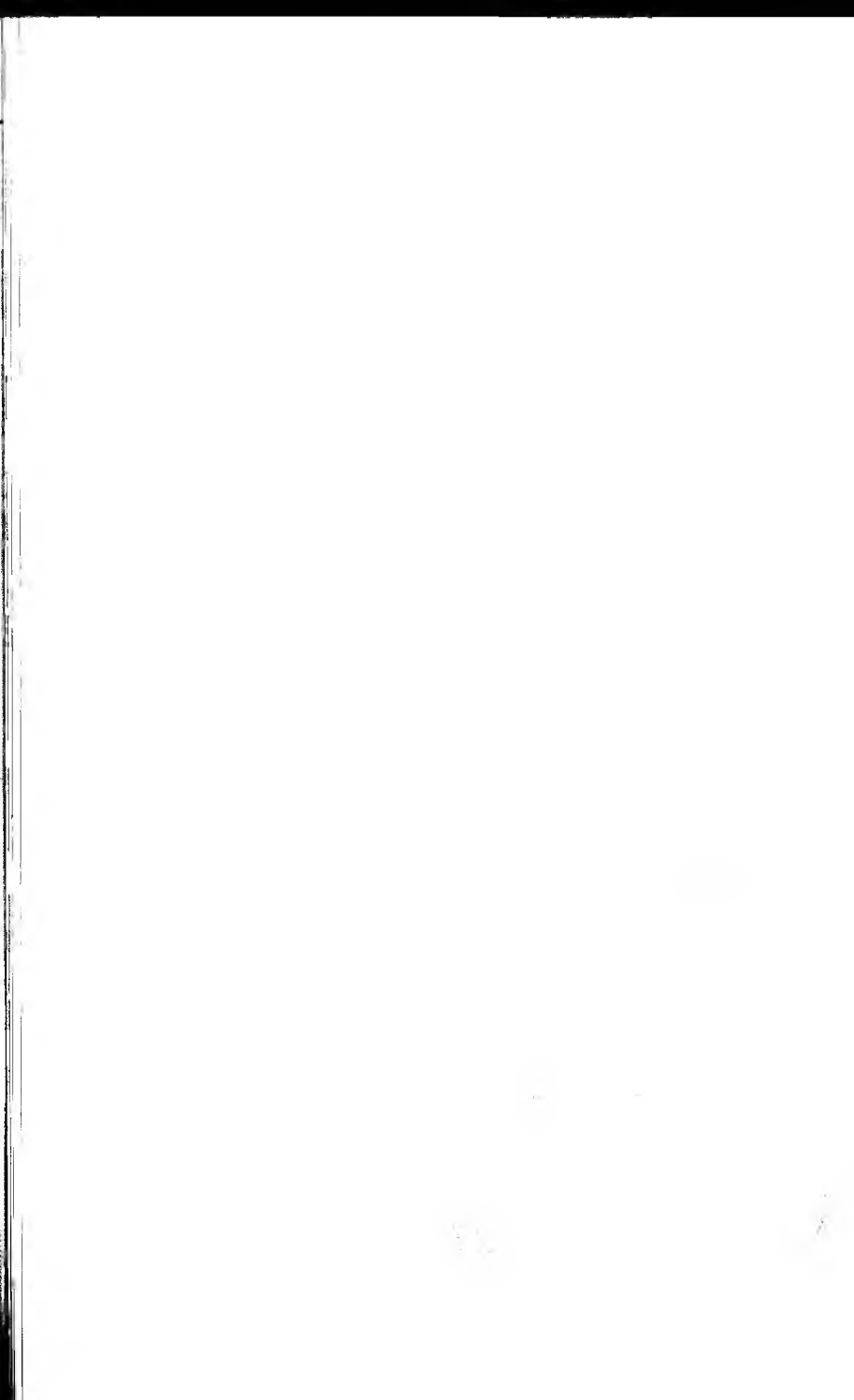
Habría que tratar de ver, como lo enuncia Freud, en qué se funda eso que funciona como la usura con que está supuesta la verdad.

Habría que ver cómo se abre la dimensión de la verdad como variable, es decir, de lo que condensando ambas palabras llamaría la *varité*, comiéndose una “e”, la *variété* [“variedad”].*

JACQUES LACAN

Seminario “*L'insu que sait de l'Une-bévue s'aile à mourre*”

* En el original, el neologismo *varité* aludiría precisamente a *vérité* (“verdad”) y a *variété*. (“variedad”)[T.]



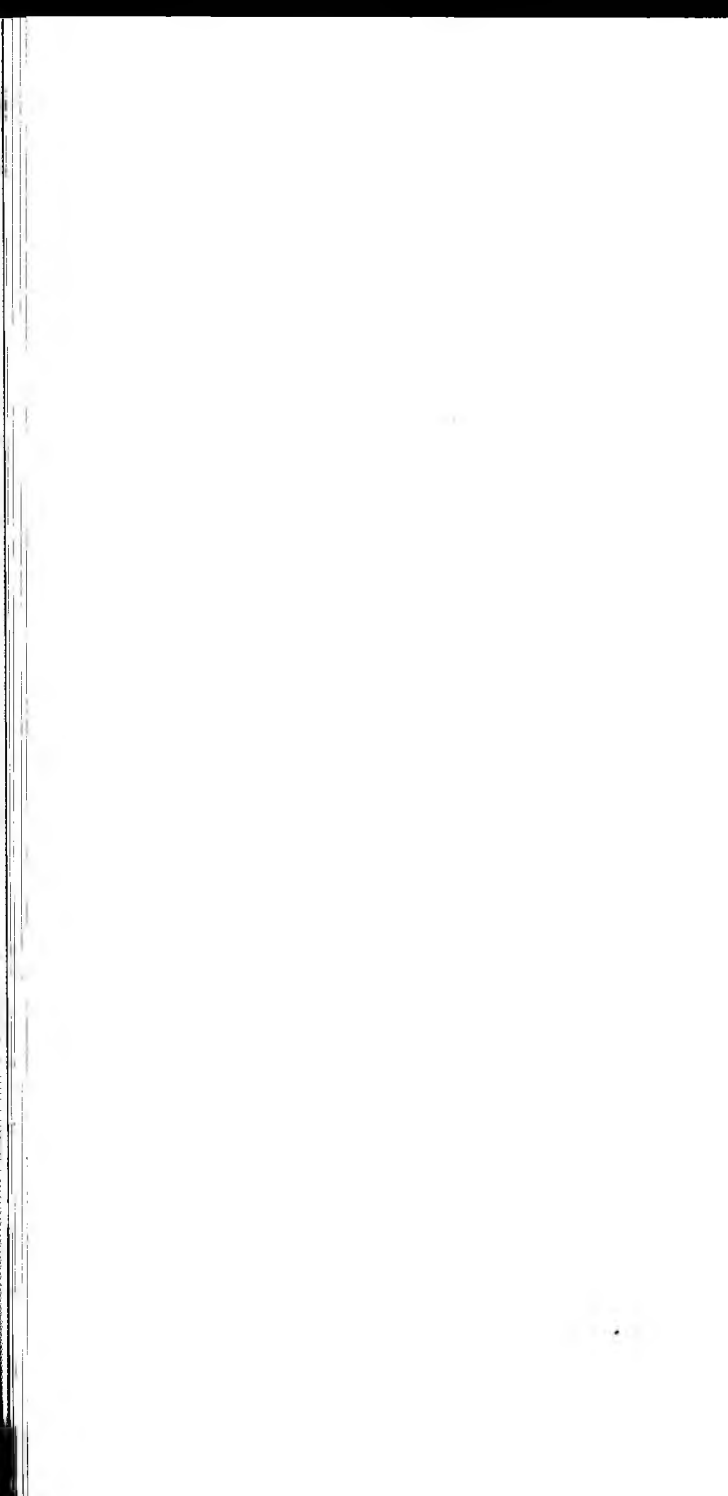
Prefacio

Tenemos pues a Lacan, corrector de Freud, a su vez rectificado. ¿No es acaso la prueba, o por lo menos un indicio serio de que el psicoanálisis no es una hermenéutica?

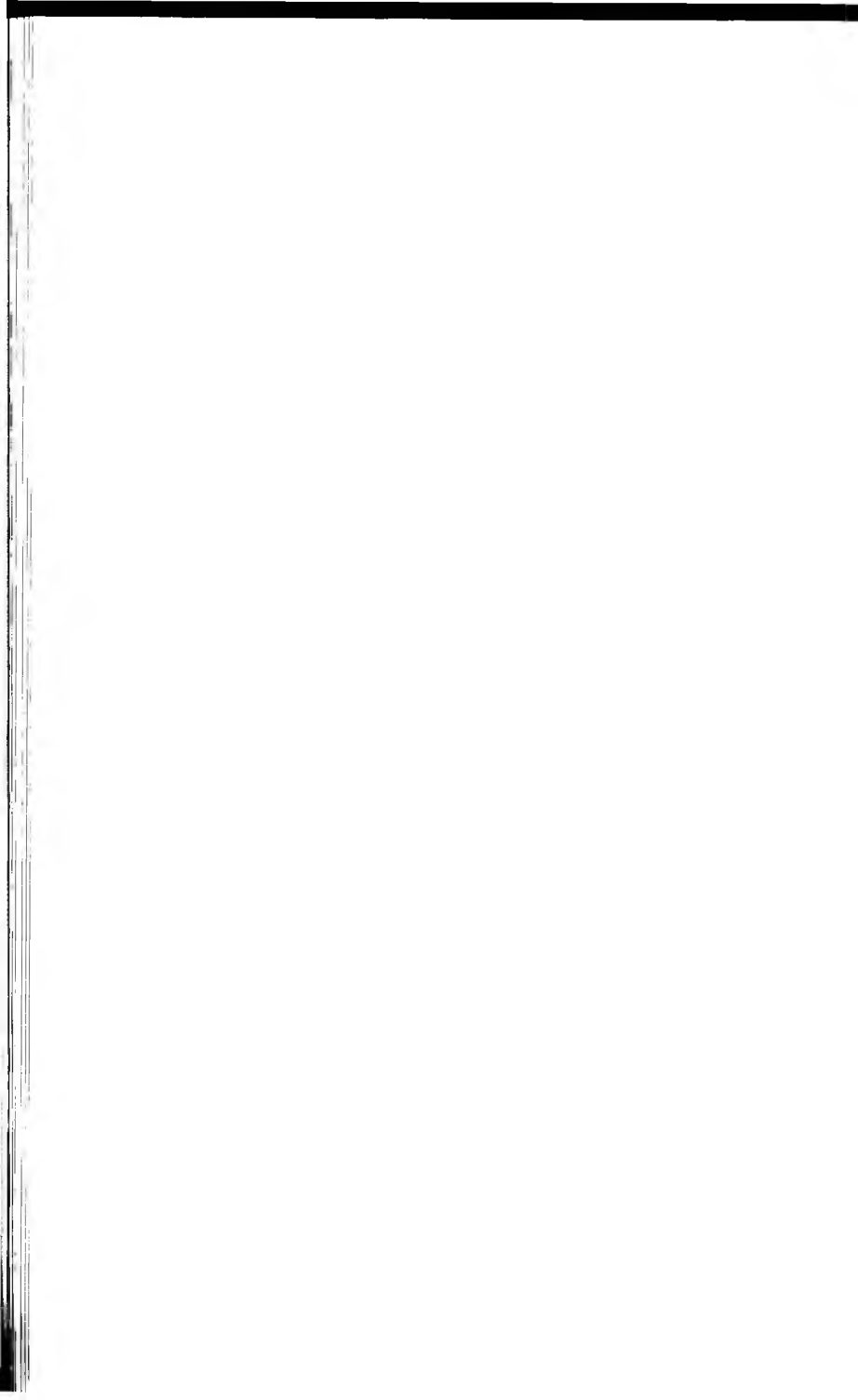
Las dos *correcciones* que componen el cuerpo de este opúsculo no tienen el mismo estatuto epistemológico. La primera (reiterada), infligida a Freud por Lacan, se debió a la invención del ternario simbólico imaginario real, y luego a la invención del objeto *petit a*, a partir de lo cual Lacan puede revisar dos veces y además de maneras notablemente distintas, con nuevos efectos, el caso llamado de “la joven homosexual”, que en su análisis se convierte en “el caso de Freud”. La segunda, donde Lacan se halla en la posición cómica del burlador burlado, se basa en el libro de Ines Rieder y Diana Voigt, *Sidonie Csillag. La «joven homosexual» de Freud*, de reciente aparición. Creyendo que se enfrentaba a un caso de Freud, Lacan no habría percibido que Sidonie Csillag era un maestro, cuya enseñanza fue sostenida tan seriamente como la de Freud y la suya. Por ello no habría advertido que se hace oír allí una voz del maestro*, enseñando una figura del amor poco estudiada: el amor perro.

Quisiera agradecer aquí a todos aquellos –muy numerosos– que me suministraron una pista sobre el mapa de la ternura de la perrería amorosa.

* En el original, *maître*, que además significa “amo”, “dueño”, “señor” “maestro”, entre otras acepciones. [T.]



CORRECCIÓN I



HOMOSEXUALIDAD FEMENINA Y PSICOANÁLISIS: EL PASO EN FALSO CORREGIDO POR LACAN¹

Es típico de las observaciones de Freud brindarnos siempre muchos esclarecimientos extraordinarios incluso sobre los puntos que de alguna manera lo superaron²

Vamos a hablar de la llamada “joven homosexual” de Freud; más exactamente, del fracaso de su análisis tal como Lacan intenta describirlo en su seminario *La angustia*. Dicho caso le sirve a Lacan de piedra angular. Al discutirlo, desea demostrar que el análisis puede ser llevado más allá del punto donde se detenía con Freud (el famoso “complejo de castración”). Aclara pues en qué consisten para él los límites del análisis freudiano. Esa discusión tuvo lugar en 1962-1963, momento decisivo de la historia del análisis en Francia: Lacan es “negociado” (según sus palabras), sus alumnos son interrogados, sus analizantes son llamados a atestiguar sobre su práctica y a veces firmemente invitados a cambiar de psicoanalista. El salvajismo de tal inquisición contrasta con el refinamiento

¹ Versión revisada de un texto publicado en *Cliniques méditerranéennes*, n.º. 65, “Les homosexualités aujourd’hui: un défi pour la psychanalyse”, Toulouse, Èrès, marzo de 2002.

² Jacques Lacan, *La relación de objeto*, Paidós, España, 1994, p. 107, (seminario del año lectivo 1956-1957; su título exacto era: *La relación de objeto y las estructuras freudianas*).

de la problematización lacaniana sobre lo que habría pasado entre la joven homosexual y Freud.

Se revelará como uno de los puntos clave la función del fantasma en el ejercicio analítico (en esta ocasión un fantasma del analista*). Al concentrarse demasiado en el fantasma, se desatiende la pulsión, es decir, la erótica analítica, la experiencia del análisis en tanto que experiencia erótica, en cuanto modificación de eros por eros³. Metodológicamente, *La angustia* seguirá siendo nuestro hilo conductor, el prisma con el cual examinaremos el caso de homosexualidad femenina escrito por Freud.

I. HOMOSEXUALIDAD FEMENINA Y PATERNIDAD: EL CASO DE FREUD

Comencemos sin embargo con un *excursus*. El texto de Freud se publicó en 1920⁴; en ese período de su vida, Freud está lejos de ser neutral o inocente con respecto a lo que denomina, de acuerdo con su época, la "homosexualidad femenina".

Quien haya leído la biografía de Lou Andreas-Salomé o incluso la de Anna Freud⁵, sin duda que se habrá sentido intrigado por la manera en que Freud hace muchas cosas para juntar, para unir a Lou y a Anna. Más bien habría llevado a buen puerto su operación al ofre-

* Seguimos la traducción habitual al castellano del término *fantasme* en la bibliografía lacaniana, pero aquí obviamente debería traducirse como "fantasía". [T.]

³ Jean Allouch, *El psicoanálisis, una erotología de pasaje*, Córdoba, Cuadernos de Litoral, 1998.

⁴ Sigmund Freud, "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", Obras completas, T. XVIII, Amorrortu, Buenos Aires.

⁵ Stéphane Michaud, *Lou Andreas-Salomé, l'alliée de la vie*, París, Seuil, 2000; E. Young-Bruehl, *Anna Freud*, Emecé, Buenos Aires, 1991.

cerle alguien como Lou a su hija, como esa compañera, a la vez madre (tiene la edad de su mujer Martha), hermana mayor, camarada, amiga, confidente y colega que iba a preservar, alentar y aun consolidar el cuidado que Anna le prodigaba a él, Freud, el padre. Freud no carecía de perversidad en el sentido en que pude precisarlo a propósito de su asunto con Ferenczi⁶. En el caso de Lou y Anna, es obvio el provecho personal que extrae de sus manipulaciones (aceptadas, pues cada quien contribuye por su parte). Con respecto a esa historia que ya es bastante conocida, *la afección e incluso la homosexualidad femenina aparece especialmente como un vínculo erótico entre dos mujeres donde el padre recibe los beneficios*, en particular por el cuidado que le prodigan. Es el comienzo del cáncer de Freud cuya incidencia no se dejará de minimizar luego y hasta la actualidad, en primer lugar y sin dudas de acuerdo a sus propios deseos. Sin embargo, se habla con mucha frecuencia de ello en la correspondencia de Anna Freud con su amiga Eva Rosenfeld. El 7 de mayo de 1946, ésta le escribe a Anna:

Ambas sabemos sin que necesitemos decirlo que entre los treinta y los cincuenta años de edad (casi la misma cantidad de tiempo que te he conocido) llevaste a cabo por amor un esfuerzo sobrehumano, una tarea excepcional: los cuidados prodigados a tu padre⁷.

⁶ J. Allouch, "Sinceridades libertinas", *Études freudiennes*, n° 34, septiembre de 1993, p. 205-224. Retomado en *El psicoanálisis: una erotología de pasaje*, op. cit., p. 55-82.

⁷ Anna Freud, *Lettres à Eva Rosenfeld, 1919-1937*, editadas por Peter Heller, introducciones de Günther Bittner y Victor Ross, traducido del inglés y del alemán por Corine Derblum, París, Hachette Littératures, 2004, p. 264.

De modo que no me pareció en vano levantar la hipoteca que hace pesar sobre dicho cáncer el proverbio “Lo que el ojo no ve, el corazón lo ignora”, reproduciendo aquí mismo la imagen de una de las prótesis que debió usar, con el esquema de su emplazamiento⁸.



También es el momento en que Freud piensa en confiarle a alguien que no sea Jung, y que será su hija Anna, el futuro de lo que en adelante es un establecimiento freudiano –y más que nunca debido precisamente a esa influencia de la familia sobre el “movimiento”. Pero también hay que entender ese cuidado hacia él en un sentido más radical, no como el cuidado de sus males, pequeños o graves, físicos o de otra índole, sino como el cuidado de lo que es en cuanto figura paterna, de la misma manera en que se trata con cuidado un jarrón muy caro.

Freud no ignora radicalmente su responsabilidad en el *ménage à trois* (Anna, Lou y él). En un pasaje censurado de su correspondencia con Lou, expresa su inquietud

⁸ Estas dos imágenes fueron tomadas de *Der Kranke Freud*, obra firmada por Jürg Kollbruner (Klett-Cotta, 2001), traducido al español por Roberto Heraldo Bernet (*Freud enfermo*, Herder, 2002), pero no al francés. La primera publicación del dibujo de esa prótesis fue en 1983: Sharon Romm, *The Unwelcome Intruder. Freud's Struggle with Cancer* (New York, Praeger).

tud sobre la inmadurez de Anna, pero también (lo que considera) su responsabilidad en la inhibición que ella siente con respecto a los hombres⁹. Lo que no impide sus manipulaciones, pues ya esa confesión forma parte de ellas. Otro ejemplo: las dos mujeres son admitidas el mismo día como miembros de la Sociedad vienesa de psicoanálisis. Pero para eso hubo que hacer una excepción a la regla (Lou estaba físicamente ausente), lo que muestra que el grupo analítico también estaba implicado en la instalación semipública de esa relación femenina, por ende se le preguntaba si la avalaba. Lo que por otra parte hizo Eitingon sin vacilar, por ejemplo al alojar a los tres, Sigmund, Anna y Lou, en el mismo hotel durante el congreso de Berlín en septiembre de 1922¹⁰. Si hoy existen efectivamente dos campos distintos, el campo freudiano y el campo gay y lesbiano¹¹, debemos señalar además que al poner a una lesbiana al frente de la IPA Freud escogía más bien el segundo antes que el primero, lo cual arroja una nueva luz sobre la erótica de la controversia Anna Freud/Melanie Klein.

“Lou, escribe su biógrafo Michaud, comprende que la cuestión ya no se plantea [después de que se ha declarado el cáncer de Freud]: el lugar de Anna es más que nunca junto a su padre¹².” Michaud escribe además que

Por más que Lou haya sido un guía en quien
Anna deposita toda la confianza y ante la cual

⁹ S. Michaud, *Lou Andreas-Salomé, op. cit.*, p. 276.

¹⁰ S. Michaud, *Lou Andreas-Salomé, op. cit.*, p. 277.

¹¹ Cf. J. Allouch, *El sexo del amo, El erotismo desde Lacan* (Córdoba, Ediciones Literales, 2001), donde se muestra que el rasgo distintivo de esos dos campos no es tanto la erotología (por el contrario, en gran medida común) como el síntoma.

¹² S. Michaud, *Lou Andreas-Salomé, op. cit.*, p. 278.

[sic!] ella se desahoga mediante cartas sin censura alguna, Freud conserva la última carta¹³.

Por otra parte, vuelve a tomar en análisis a su hija. Lou aprueba esa decisión, asegurándole a Anna que el fruto de ese análisis sólo podría ser un amor incrementado de Anna hacia su padre (estamos en la antípoda de Lacan cuando indicaba que un psicoanálisis se entabla verdaderamente con la transferencia negativa). Estaríamos en un error si considerásemos que tal inclusión del análisis en el amor, en un amor que se plantea *a priori* como no cuestionable por el análisis, sólo podría afectar a la hija de Freud. Ella misma le escribe a Eva Rosenfeld, que se apresta a iniciar su análisis con el padre de su amiga, algo similar:

Sabes, no hay contradicción alguna en el hecho de que continúes un análisis cuando sólo preferirías amar. Yo lo hice y tal vez por esa razón las dos cosas terminaron estando para mí inextricablemente unidas. Al final, te darás cuenta: es la única manera de entrar en análisis. Por el momento, estás perturbada por el sentimiento de que cuando amas, amarías particularmente ser [una] buena [persona]. Verás que ser buena y estar en análisis viene a ser finalmente lo mismo¹⁴.

¹³ *Ibid.*, p. 280. El biógrafo, cuyo estilo sin embargo nunca parece vacilar, es evidentemente afectado por esa homosexualidad que lo hace descuidar su gramática. [El autor se refiere a la falta de concordancia entre "un guía" (en género masculino) y "la cual" (en femenino), que resulta más notoria en francés (T.)]

¹⁴ A. Freud, *Cartas a Eva Rosenfeld*, *op. cit.*, p. 144.

Con mucha pertinencia, Lou llama a ese amor “alado”, designando así nada menos que el amor descrito por Platón en el *Fedro* —y vemos pues la estrecha solidaridad que hay entre esa práctica del análisis y las declaraciones teóricas tardías y para nosotros regresivas de Freud, según las cuales el psicoanálisis redescubre el amor tal como lo expresaba “el divino Platón”. Los lazos entre esa partida familiar (Lou está integrada, en Viena duerme en casa de los Freud) y los adelantos que se denominan teóricos son en efecto estrechos. El descubrimiento de un estadio fálico en la hija no sería más que la respuesta, en su análisis, de la pastora Anna al pastor Freud¹⁵. Freud le cuenta a Lou cómo se malogró la libido de Anna; le lee a Anna las respuestas de Lou, pero ocasionalmente guarda algunas cartas para él —lo que señala la manipulación.

Aparentemente, estamos bastante lejos de un determinado lesbianismo actual que se supone que impugna el falocentrismo, la familia, el Nombre del Padre y *tutti quanti*. Por otra parte, nada nos autoriza a generalizar esa configuración, exponer que el lesbianismo actual (pero, ¿podemos hablar de ello en singular?) está igualmente centrado en el padre. Asimismo el interés manifestado recientemente desde allí por “la verga” de Lacan (es así que se pelea) deja abierta la cuestión.

En cambio, es importante tener esto en mente para entender cómo se malogrará el análisis de “la joven homosexual”, que se entabla sobre la siguiente base: un padre que al contrario que Freud padece por su

¹⁵ S. Michaud, *Lou Andreas-Salomé, op. cit.*, p. 282. Michaud cita un artículo de Gérard Bonnet: “Ver ser vista. La parte del padre en el acceso de la hija a la femineidad”, en J. Schaeffer, M. Cournut-Janin, S. Faure-Pragier, F. Guignard, *Claves para lo femenino. Mujer, madre, amante e hija*, París, PUF, 1999.

reputación la homosexualidad de su hija, o que por lo menos declara padecerla y se comporta como si eso fuera cierto. Freud habría logrado no padecerla demasiado (aun cuando todavía no se sepa muy bien cómo reaccionaron sus alumnos de diversos modos a la homosexualidad de Anna) y ese rasgo –digamos que su “empatía”– equivale a un buen acceso a su perversidad.

El padre le pide pues a Freud que (¿le?) devuelva a su hija a la norma heterosexual¹⁶, una meta del tratamiento que Freud habría aceptado aparentemente sin pestañear (aunque al escribir después su artículo da cuenta de sus reservas acerca del resultado efectivo). Se instaura entonces un curioso juego cruzado entre ese padre y Freud, ambos enfrentados a la homosexualidad de una hija. Mientras que Freud aprueba e incluso alienta esa homosexualidad, el padre que lo consulta la deplora. Cada uno le da prioridad a un elemento diferente del problema, y cada uno sacrifica un dato diferente: Freud, por cierto, que discretamente sacrificará su mala reputación y embolsará los beneficios que vuelven al padre (su amor garantizado); a la inversa, el padre que lo consulta elige (al menos esa sería su demanda) sacrificar tales beneficios (los que podemos adjudicarle dentro de la problemática freudiana de la homosexualidad femenina) a fin de defender su reputación. Hay pues dos cuestiones, también simétricas, que Freud no plantea: no se pregunta qué beneficio (a pesar de sus quejas manifiestas) podría obtener de la homosexualidad de su hija ese pa-

¹⁶ “[...] los padres se dirigieron al médico y le contaron la tarea de devolver a su hija a la norma” (S. Freud, art. cit., p. 142). Algunos tendrían hoy más discreción para formular un pedido así.

dre que lo consulta; y tampoco si él, por su parte, tiene razón en sacrificar su reputación, ni a qué precio será pagado ese sacrificio y por quién.

A partir de allí, podemos entender mejor lo que Freud concebía como la paternidad. Podemos hacerlo a partir del rasgo común a la posición de esos dos padres, aun siendo diferentes, uno que consulta y el otro que es consultado. Ese rasgo puede expresarse así: *en el padre* (cuando se trata del padre), *la demanda, la suya, equivale a ley*. Se trata de una definición susceptible de ser confirmada o refutada. *El padre es aquel en quien la demanda equivale a ley*. Semejante posición sólo puede ser excepcional. La paternidad sería ese lugar *único* de anulación de la separación, de la diferencia, de la distancia entre la demanda y el deseo. En efecto, *Freud confirma la demanda del padre exactamente como se niega a poner en cuestión su propia demanda* (a Anna, a Lou y a otros más). En ambos casos, la demanda del padre debe tener la primera y la última palabra. Podemos percibir así que detrás de la figura del padre asoma la punta de la nariz del amo.

Esta clave da cuenta de un determinado número de cosas, empezando por el famoso escándalo del padre seductor, que no es un padre escandaloso sino porque aparece entonces como si demandara *otra cosa*, como si estuviera comprometido en los circuitos de la demanda por medio de sus maniobras seductoras. Pero no puede hacerlo en cuanto padre. En cuanto padre, su demanda es bloqueada, congelada, fijada; no puede sino desplegarse, insistir, martillar su clavo, de ninguna manera puede girar, virar (en el sentido químico), formularse como demanda de otra cosa,

y por ende como otra demanda. El escándalo no obedece pues tanto a que el padre seductor seduzca, al perjuicio que le hace al niño al erotizarlo, supongamos; el escándalo obedece al hecho de que al seducir se destituye como padre, que renuncia a su *père-version* [padre-versión] (y entonces se lo llama “perverso”, lo que se revela pues como un completo contrasentido). Vale decir: *el padre seductor no existe*. O bien: *no hay un padre seductor*. Un “padre seductor” ek-siste como padre, se mantiene fuera de sí, fuera de su sí mismo paterno. El escándalo, y tal vez el traumatismo de la supuesta seducción por el padre, se resume pues en la ecuación que también es muy sencilla: *padre seductor = plus de* padre*.

Esto explica también por qué Freud no pudo cuestionar la demanda del padre de la joven homosexual, lo que sin embargo hubiera sido lógico ya que la demanda de análisis provenía de él, ya que era él, y no su hija, quien la formulaba. Porque al cuestionarla hubiese destituido *ipso facto* al padre como padre. En el judaísmo y el cristianismo, un padre es siempre *el* padre (algo que olvidaba la distinción “lacaniana” difundida en cierta época entre *los* padres simbólico, imaginario y real). Un padre, eso no tiene *alter ego*¹⁷, un rasgo por el cual el padre se diferencia de un hombre, no es un hombre, porque un hombre se enfrenta en verdad, como hombre, a unos *alter ego*. Al separarse de su amigo Fließ, Freud no solamente había renunciado a su *alter ego* por excelencia, sino que renunció al mismo tiempo a la amistad,

* *plus de* en francés puede traducirse como: “más no”, “basta de”, “no más”, “ya no hay” o “no hay”. [T.]

¹⁷ Y tampoco el *alter ego* que sería su propio padre, una situación que Pierre Bergounioux, en *El huérfano*, mostró perfectamente qué habían revelado las dos Guerras mundiales.

expulsando para siempre lejos de sí la posibilidad de tener cualquier *alter ego*. Por lo tanto, tampoco podía ubicarse como un *alter ego* de ese padre que le solicitaba su ayuda. Finalmente, al no cuestionar su demanda*, le imputaba desde un comienzo a ese padre su propia versión de la paternidad. Salvo que seguían siendo dos quienes encarnaban esa versión, lo que no era posible y que, como veremos, se revelará como determinante en su conducción de ese tratamiento —o no-tratamiento.

¿Cómo examina Lacan el psicoanálisis de “la joven homosexual” en el seminario *La angustia*?

II. LÍMITES DEL ANÁLISIS CON FREUD

Se habla acerca de la joven homosexual los días 16 y 23 de enero de 1963, o sea inmediatamente después de la invención del objeto *petit a*, el 9 de enero de 1963¹⁸. La interrogación teórica está en plena eferescencia, pues se deduce de esa invención que Lacan debe revisar nuevamente cada uno de los problemas catalogados en el campo freudiano.

El primer problema tratado con cierta amplitud a partir del momento en que Lacan identificó el objeto *petit a* como una pura letra, es el del acto sexual. En segundo lugar, viene la transferencia que, en aquel 9 de enero, es objeto de una observación discretamente rectificadora con respecto a las proposiciones y posiciones del seminario *La transferencia...* Cabe citar aquí dicha observación a causa de lo siguiente: *el caso*

* En ocasiones traducimos *demande* por “solicitud” o “pedido”, para no oscurecer el sentido de frases que en francés son absolutamente comunes. [T.]

¹⁸ Para la fundamentación de esta afirmación, véase J. Allouch, *El psicoanálisis, una erotología de pasaje*, op. cit.

de la joven homosexual es el que Lacan elige para expresar la nueva concepción de la transferencia que resulta de la invención del objeto *petit a*. No escoge a Dora, como podía esperarse a la luz de sus publicaciones anteriores¹⁹; no, prefiere a la joven homosexual. Nos corresponde a nosotros decir por qué. Pues no podemos contentarnos con la respuesta que el mismo Lacan proponía al concluir la sesión del 16 de enero de 1963, aun cuando esa respuesta nos parezca exacta, es decir que ese caso es particularmente apto para permitirle poner de relieve la función del objeto *petit a* en la transferencia y mostrar así que el análisis puede ser llevado más allá del “complejo de castración” que se reconocía como una barrera infranqueable. En efecto, la cuestión no es indicar un mero más allá, o la simple posibilidad de tal más allá, sino advertir con cierta precisión de qué está compuesto ese más allá y en qué condiciones se podría acceder a él en el análisis.

Como para “el hombre de los sesos frescos²⁰”, la casuística se emplea en la avanzada de la teoría, es decir, en las disputas teóricas del momento y por lo tanto en la puesta en práctica de parte de Lacan de una política de la teoría.

Lacan pues, justo antes del histórico 9 de enero de 1963, toma distancia con respecto a su seminario *La transferencia...* De este modo:

He dicho muchas cosas, por cierto en una forma que era aquella que era la más apropiada [*¡sic!*]

¹⁹ J. Lacan, “Intervenciones sobre la transferencia” (1951), en *Escritos*, México, Siglo XXI (curiosamente, el texto desaparece de la versión de bolsillo de los *Écrits*).

²⁰ Al respecto, puede leerse mi discusión con Jorge Baños Orellana, en su obra *El escritorio de Lacan*, Oficio Analítico, Buenos Aires, 1999.

Nunca nos atienden tan bien..., etc.], es decir, en una forma en parte velada.

Luego, tras haber ironizado sobre el trabajo de Daniel Lagache “Necesidad de repetición, repetición de la necesidad” (lo que cumple la función retórica de ocultar parcialmente que el paso que dará no consiste únicamente en diferenciarse de Lagache sino también de su propio seminario), prosigue:

[...] la referencia a la transferencia, limitándola únicamente a los efectos de repetición, a los efectos de reproducción, es algo que perfectamente merecería extenderse, y que la dimensión sincrónica corre el riesgo —a fuerza de insistir en el elemento histórico, en el elemento de repetición de lo vivido— corre el riesgo, en todo caso, de dejar de lado toda una dimensión no menos importante, que es precisamente lo que puede aparecer, lo que está incluido, latente, en la posición del analista, donde yace, en el espacio que lo determina, la función del objeto parcial²¹.

La transcripción de la Asociación freudiana ha corregido (sin indicarlo) la versión estenográfica:

[...] donde yace, en el espacio que él determina, la función del objeto parcial.

Creo que se trata de un error, y que señala cierta posición en el análisis, que procura elevar al analista

²¹ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 9 de enero de 1963, estenografía p. 21, transcripción AF (Asociación freudiana) p. 92.

al estatuto de amo [*maître*]²². Pues no es el analista quien “determina” el espacio analítico donde “yace” el objeto parcial. Sino que más bien es porque ese objeto “yace” en ese espacio (una página más adelante, Lacan hablará del análisis como de un “espacio o campo del objeto parcial”) que dicho objeto podrá declararse “incluido, latente en la posición del analista”.

Notemos que existe una cuestión referida al *espacio* analítico, a tal punto que esas dos palabras le dieron título a una obra (firmada por Serge Viderman y publicada en 1970) que tuvo cierta repercusión. Dicha cuestión está muy presente en Lacan, lo que para nada contradice su localización del análisis en tanto que erotología, como ya lo muestra el hecho de que al pretender ubicar la obra de Sade, Annie Le Brun, una de sus lectoras más pertinentes, escribirá que Sade no inventó una filosofía ni un discurso ni una escritura, sino un *espacio*²³.

Las cosas más importantes expuestas por Lacan se apoyan a menudo en una palabra, en un término que por regla general desaparece en los resúmenes y otros manuales lacanianos. En este caso, no podemos sino sorprendernos por el “yace”. El objeto parcial, en el espacio analítico, sería algo así como un yacente. Lo cual se ve confirmado por lo que viene inmediatamente después, tomado del seminario *La transferencia...*,

²² Confirmación: muy recientemente un autor de ese grupo llegará a escribir, en un diccionario de psicoanálisis, que Lacan habría incluido en su lista de objetos *petit a*, de los que se dan miles... “el puñetazo”. Puesto que no leo esos diccionarios cuyo carácter ilegítimo, tratándose de Lacan, se ve confirmado en este caso, le debo esta observación al último número publicado de la revista *Ornicar?* (Herbert Wachsberger, “Misceláneas críticas”, *Ornicar?*, n° 51, París, Navarin, 2004, p. 369).

²³ Annie Le Brun, *Les Châteaux de la subversión* [1982], París, Gallimard, col. “Folio essais”, 1986, p. 57.

la metáfora (¿alquimista?) de la mano que se tiende hacia el leño: en el momento en que lo toca, el leño se enciende y aparece otra mano tendida hacia la primera. A decir verdad, la imagen no puede ser más clásica.



Miguel Ángel, *La creación*, detalle (Capilla Sixtina, techo)

Tales observaciones podrían parecer que nos alejan de "la joven homosexual"; por el contrario, estamos en el comienzo mismo de lo que se va a tratar con respecto a ella según Lacan, salvo que ese comienzo constituye exactamente su reverso. Efectivamente, Lacan va a oponer en seguida dos acontecimientos: por una parte, la mano que surge del leño y que se tiende, por otra parte, el "dejar caer"* de la joven homosexual.

La metáfora del leño, de manera distinta de la alusión al objeto parcial yacente, expresa cuál sería el estatuto de dicho objeto parcial en el espacio analítico. Algo así como una brasa no del todo extinguida y capaz de encenderse si se reúnen determinadas condiciones. Prolonguemos un poco más esa metáfora. ¿Qué pasa cuando una brasa no totalmente extingui-

* Aunque la traducimos literalmente, cabe señalar que la expresión *laisser tomber* significa también "abandonar, dejar de lado, dejar plantado", entre otros usos posibles [T.].

da se enciende? Se consume, eventualmente enciende otras brasas (apagadas o no) y sobre todo pierde su estatuto de fuego en potencia; finalmente, ya no ocupará su lugar, ya no estará presente dado que el fuego –digámoslo así– la habrá transformado de yacente en cenizas. Y vemos que el espacio donde esto se produce es el del “entre dos muertes”.

Lacan puede expresar ahora los límites del análisis tal como lo practicaba Freud; puede decir cuál fue el “resorte” de cierto “fracaso” de Freud.

Freud

[...] seguía siendo para su analizado la sede, el lugar de ese objeto parcial²⁴.

III. DONDE LACAN VUELVE A EXAMINAR EL PASAJE AL ACTO DE LA JOVEN HOMOSEXUAL

Lacan no podría contentarse con exponer algo tan enorme, dentro del contexto de tensión política que ya se ha recordado, sin demostrarlo al mismo tiempo. Por lo tanto, en la sesión siguiente, va a revisar el caso de la joven homosexual con la intención de señalar allí en qué consistió el fracaso, y por ende el límite de Freud. Lo cual lo llevará a situar de una manera distinta a como lo había hecho en el pasado el *niederkommen*, el desde entonces célebre “dejar caer” del pasaje al acto, sobre el cual produce un nuevo relato:

La joven en compañía de su amada [Lacan acaba de identificar su relación con ella como

²⁴ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 9 de enero de 1963, estenografía p. 23, AF p. 92.

amor cortés, a lo cual la mala reputación de la dama le añadía un deseo de salvarla], nos dicen, se cruza en el camino a la oficina del padre en cuestión con ese padre que le arroja una mirada indignada. A partir de entonces, la escena transcurre muy rápidamente. La persona para quien sin dudas esa aventura no es más que una diversión bastante oscura y que evidentemente empieza a hartarse de ella y que sin dudas no quiere oponerse [“exponerse” corrige con exactitud AF, indudablemente un maravilloso lapsus de la estenógrafa] a mayores dificultades, le dice a la joven que eso ha durado bastante, que hay que detenerse, que le deje de enviar cantidades de flores, como lo hace todos los días, que deje de seguir tan estrechamente sus pasos, y entonces la muchacha inmediatamente se balancea por encima de un sitio [...] un pequeño foso al fondo del cual hay rieles para una línea de tren que ahora ya no funciona, es [“de” agrega AF, lo que no resuelve el problema] allí que la muchacha se balancea, *niederkommt*, se deja caer.

Hay varias cosas que decir a propósito de ese *niederkommen*, si lo introduzco aquí es porque es un acto del cual no basta con decir, con recordar su analogía con el sentido de *niederkommen* en el acto del parto para agotar su sentido, ese *niederkommen* es esencial para toda súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es como *petit a*²⁵.

²⁵ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963, estenografía p. 23-24, AF p. 108-109.

Lacan está pues tomando distancia de una lectura anterior²⁶ donde había situado el gesto de la joven como un “acto simbólico” subrayando el equívoco del *niederkommen*, que quiere decir también “parto”, un sentido que Freud había puesto explícitamente en funcionamiento en su interpretación de esa tentativa de suicidio. Según Freud, equivalía a la vez a un “cumplimiento de castigo” (*Straferfüllung*) y a un “cumplimiento de deseo” (*Wunscherfüllung*), “de tener un hijo con su padre²⁷”. En enero de 1963, el acento se desplaza. Ya no se trata de referir ese pasaje al acto a una fantasía de parto, ya no se trata tanto de su valor *expresivo*, por así decir (“¿Qué expresa eso?” o “¿Qué es lo que manifiesta?”); se trata de establecer las coordenadas doctrinales de un *hecho de estructura*, que consiste en la imposibilidad de toda “súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es como *petit a*”. En este caso, el sujeto es puesto en relación con la mirada “indignada” del padre (*dixit* Lacan, que el 9 de enero de 1957 la había denominado “llameante”, lo que nos remite al leño del cual se habló, mientras que la traducción francesa vertía *zornigen Blick* como: “furiosa”), una mirada “lanzada” por el padre, casi como un obús, seguida del rechazo de la amada. Se trata pues de la misma mirada ante la cual el acting-out, es decir, la realización del amor cortés dirigido a la dama, tenía el valor de una mostración.*

Freud consideraba que ese gesto era una tentativa de suicidio seria (lo repite dos veces). Precisemos qué lo

* *Id.*, *sem. La relación de objeto*, *op. cit.*, p. 106.

²⁷ S. Freud, art. Citado, p. 150,151

^v En francés *monstration*: “arcaísmo usado por Lacan como modo de neologizar.” 789 Neologismos de Jacques Lacan, París, Epel, 2002, p. 108, 109. [N. de E.]

provocó, porque no vemos claramente cómo se diferencia el pasaje al acto del acting-out si ya éste se dirigía a la mirada potencialmente indignada del padre. El acting-out, en cuanto provocación al padre, *jugaba* con su mirada, implicaba un mostrar/ocultar. La joven se paseaba con su dama en las inmediaciones de la oficina del padre, flirteaba con el *posible* encuentro con la mirada del padre; quizás jugaba a darse miedo con la mirada del padre, casi como se rasca una herida pero sin llegar nunca más allá de un determinado grado de dolor ni de agravación de la herida. El 9 de enero de 1957, Lacan hablaba de "su actitud de dulce flirteo con el peligro²⁸". Pero resulta que el encuentro se torna *real*. Ya no se trata de mostrar/ocultar, sino de algo que verdaderamente habría sido visto, se trata de un instante de ver, y señalado como tal puesto que esa mirada es inmediatamente calificada como "indignada".

A la manera en que lo hacen los matemáticos, razonemos por el absurdo. Si el padre hubiera sido un psicoanalista, en esa circunstancia, no le habría dirigido a su hija una mirada así, por el contrario, le habría presentado una mirada que no veía nada, y entonces las consecuencias hubiesen sido muy diferentes. ¿Qué hubiera pasado? Habría quedado abierto el camino para que la hija se diera cuenta de que la mirada que se veía indignada no era tanto la de su padre, sino más bien la suya, la que ella lanzaba sin saberlo sobre su aventura con la dama; mediante lo cual la inevitable ruptura con esa dama habría tomado un giro muy distinto, ella, la muchacha, hubiese podido (o no) abandonar a la dama. Por el contrario, la mira-

²⁸ J. Lacan, sem. *La relación de objeto*, op. cit., p. 106.

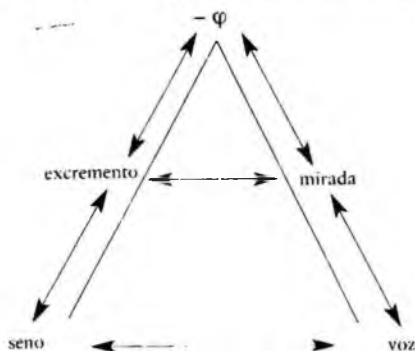
da indignada del padre no tuvo en absoluto tal efecto: la dama será aún más gentil con ella después del pasaje al acto, leído por ella como una prueba de amor²⁹.

El pasaje al acto interviene como una reacción o, mejor dicho, como una solución a esa puesta en relación, a esa confrontación directa, frontal, del *cuadro* del amor (la muchacha que corteja a su dama) y la mirada del padre que se hace presente. Hay una necesidad absoluta, imperativa, inmediata, incoercible de que cese esa puesta en relación. Cabe imaginar que la joven se hubiese podido desmayar. Sin embargo eso no es lo que ocurrió, y lo que se va a producir a continuación con el *niederkommen* nos ayudará a advertir por qué el pasaje al acto asumió esa forma y no la de un desmayo.

Lacan habla de un *hecho de estructura* en el sentido de que la configuración de las cosas se presenta súbitamente de tal manera que se llega a un punto que de ningún modo puede ser mantenido en la duración. En sus propios términos, se trata de la imposibilidad como tal de toda “*súbita* [subrayado mío] puesta en relación del sujeto con lo que él es como *petit a*”. Pero, ¿qué se pone en relación? ¿Qué quiere decir sujeto en este caso? ¿Cuál es? ¿Dónde está? Está en su mostración, en el *acting-out*. Está en el cuadro de la muchacha con su dama *potencialmente* ofrecido a la mirada del padre. Y más precisamente aún, está en aquello de lo que ese cuadro es portador, es decir, el don del falo a la dama, un falo que

²⁹ “Esa tentativa de suicidio indudablemente sería la obligó a guardar cama durante un largo período, pero por fortuna no le ocasionó nada grave. Luego de su curación, encontró la situación más conforme a sus deseos que anteriormente. Sus padres ya no osaban oponerse a ella de una manera tan tajante y la dama, que hasta entonces había rechazado sus insinuaciones, quedó conmovida por una prueba tan indiscutible de una pasión seria y empezó a tratarla de manera más amistosa” (S. Freud, art. citado, p. 142).

no está negativizado, sino que por el contrario se escribe Φ , y no como en el "grafo del amorir"³⁰, $-\varphi$.



GRAFO DEL AMORIR

$-\varphi$ escribe el valor fálico de *petit a*. Ya el 23 de enero de 1957, Lacan había llamado a Φ "pene simbólico". La anotación $-\varphi$ indica que *petit a* no tiene otro valor en ese nivel libidinal (el vértice del grafo del amorir) que volver negativo el falo —toda la teoría lacaniana de lo que sucede en la (no)-relación sexual se basa en este punto. Aquí, por el contrario, el falo está positivizado y eso es lo que vuelve insostenible la súbita puesta en relación de ese Φ con *petit a*, la mirada del padre.

Dicho de otro modo (y en términos que aún no tienen cabida en Lacan en 1963), si existiera una relación sexual, nada estaría más cerca de esa relación que la escena de la cual es absolutamente preciso que la hija salga, que esa puesta en equivalencia de *petit a* y de Φ . Porque la mirada del padre *es* el cuadro que ve, al igual que el cuadro presentado *es* la mirada del padre.

³⁰ Estas comillas derivan del persistente desconocimiento de lo que Lacan llamaba sin embargo su "segundo grafo".

IV. CUANDO EL DESEO ES LA LEY, NO FUNCIONA

A los lacanianos les gusta decir que, según Lacan, el deseo es la ley. Lo cual no es falso, pero también hay que entender que ambos términos no pertenecen al mismo orden, que por el contrario es su disparidad lo que le otorga valor a dicha fórmula y que sobre todo, cuando el deseo es la ley, el sujeto se torna borroso, no se encuentra allí e incluso no podría encontrarse allí de ninguna manera. Es a lo que vamos a tener que enfrentarnos ahora, de un modo ejemplar.

Algunos momentos antes de evocar el caso de la joven homosexual, el 16 de enero de 1963, Lacan vuelve sobre el Edipo:

[...] dije (esto ha llamado la atención de uno de mis oyentes), dije, hay dos lecciones, que el deseo y la ley eran la misma cosa. Es por eso y en este sentido que el deseo y la ley tienen su objeto común. No basta pues, en este caso, brindarse uno mismo el consuelo de que son, uno con respecto al otro, como los dos lados de la muralla, es librarse de la dificultad demasiado cómodamente [...].

Percibimos que hay una dificultad ligada a ese enunciado canónico. Si deseo y ley fueran una muralla, con sus dos lados, no habría un objeto común, deseo y ley serían un mismo objeto, o sea la muralla. Continuemos con la cita:

Y para ir directamente al punto que hace que ustedes lo noten, diré que no es más que para ha-

cerlo notar que sirve el mito central que le permitió al psicoanálisis ponerse en marcha, que es el mito de Edipo.

El mito del Edipo no quiere decir otra cosa, es que *en el origen* [subrayado mío, se trata de algo que tiene cierta temporalidad y no de la esencia del deseo y de la ley] el deseo, el deseo del padre y la ley no son sino una sola y única cosa, y que la relación de la ley con el deseo es tan estrecha que sólo la función de la ley traza el camino del deseo, que el deseo, en tanto que deseo de la madre [*un equívoco, corregido enseguida*] hacia la madre es idéntico a la función de la ley. En la medida en que lo prohíbe, la ley impone (desearla), porque después de todo la madre no es en sí el objeto más deseable. Si todo se organiza en torno a ese deseo por la madre, si es a partir de allí que se plantea <que> la mujer que se debe preferir, porque de eso se trata, sea otra y no la madre, qué quiere decir eso, si no que se impone un mandato, se introduce en la estructura misma del deseo, que, en resumidas cuentas, se desea el mandato. ¿Qué quiere decir todo el mito de Edipo, sino que el deseo del padre es lo que ha hecho la ley³¹?

Se desea el mandato, *excepto que* el mandato en cuestión prohíbe el acceso al objeto, a ese objeto común del deseo y la ley. El mandato a la vez constituye y prohíbe ese objeto. Algunos no dudarán en hablar de un *double bind* e incluso de un *double bind edípico*. Y es porque el asunto no puede dejar de ser tempora-

³¹ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963, estenografía p. 15-16, AF p. 105.

lizado; tomado como tal y localmente, se presenta lisa y llanamente como una insostenible *impasse*. La identidad entre el deseo y la ley es la fórmula de una *impasse*. Y sin dudas que en esto el Edipo (Lacan no habla de un complejo, sino de un mito) podría tener una función de engendramiento.

Volvemos a encontrar aquí a nuestro padre (!) definido en el nivel de la demanda. ¿Qué sería en efecto el deseo del padre, si no el nombre de esa demanda bloqueada que he mencionado? Si lo entendiéramos de otro modo, no se advierte cómo ese deseo del padre podría funcionar como mandato. Un mandato en tanto que mandato no se presta para ser reformulado. Imaginemos la escena: un capitán, frente al batallón en posición de firmes, grita: "Rompan filas", y en lugar de ejecutar la orden, una voz se eleva del batallón para responderle: "¿Podría usted, mi capitán, reformular su demanda de otro modo?" Se pondría en cuestión todo el orden militar. No habría más ejército, así como pronto ya no habrá más Edipo para el niño edípico que desea a su madre por orden del padre, y siguiendo la misma lógica edípica... ya no habría padre.

A partir de allí, podemos entender las observaciones de Lacan referidas al acting-out y al pasaje al acto de la joven homosexual. ¿En que consiste el acting-out? La hija, dice Lacan,

va a hacer con su castración de mujer lo que hace el caballero con relación a su dama, a quien precisamente le ofrece el sacrificio de sus prerrogativas viriles para convertirla en el soporte de lo que está ligado a ese mismo sacrificio en una relación de

inversión, es decir, el emplazamiento de la falta, justamente de lo que falta en el campo del Otro, es decir, su garantía suprema, sucede que la ley es verdaderamente el deseo del padre, que se está seguro de ello, que hay una ley del padre, que hay un falo absoluto³².

¡Nada es más antiedipo que esta declaración! El acting-out es real, el amor de la muchacha por la dama es real en el sentido de que es imposible remitirlo a la ley del padre para hacer de la falta la garantía del Otro. Toda la frase se balancea sobre "sucede que", todo el acting-out se halla condensado en ese "sucede que". La falta, emplazada con el amor cortés por la dama (la muchacha le da F, algo que no tiene), *corresponde*, co-responde, a la ley, al deseo del padre. Y es precisamente tal correspondencia lo que ocasiona un problema, hace que la falta no pueda funcionar como garantía del Otro, que el Otro no esté barrado.

Lacan le presta entonces su voz y sus palabras a la muchacha:

Sin dudas que el resentimiento y la venganza son decisivos en la relación de esa hija con su padre. El resentimiento y la venganza son eso: esa ley, ese falo supremo, "ahí es donde lo ubico. Ella es mi dama, y dado que no puedo ser tu mujer sumisa ni yo tu objeto, soy quien sostiene, quien crea esa relación idealizada con lo que constituye mi propia insuficiencia, lo que ha sido rechazado".

³² J. Lacan, sem. *La angustia*, estenografía p. 25-26, AF p. 109-110.

La declaración adjudicada por Lacan a la muchacha no encaja. ¿Habrá que suponer un lapsus de Lacan cuando dice “ni yo tu objeto” mientras que habría querido decir “ni tú mi objeto”? La transcripción AF no ha propuesto una corrección así, contentándose con reiterar la frase incoherente de la estenógrafa, lo que habla a favor del lapsus.

Todo esto, añade Lacan, concierne al nivel de la mirada del padre. La hija se venga del padre llevando lo más lejos posible y de la mejor manera posible la realización de lo que más adelante Lacan llamará la *père-version* [“padre-versión”]. Se la devuelve en espejo y como una figura completa. El acting-out es una mostración, una lección dada en acto, del tipo de las que les gusta brindar a los cínicos griegos. Excepto que en este caso era esencial, necesario, que la lección en verdad no fuera aceptada, vale decir, que la escena no fuera mirada por el padre. ¿Por qué? Porque al fijarse así en la *ley-deseo* del padre, la hija olvidaba su propia castración, presa en la trampa que volvía equivalentes su propio deseo y la ley del padre. Si efectivamente encontrara esa mirada, la equivalencia quedaría establecida. Pero no puede hacerlo, porque la falta como garantía del Otro se ha vaciado con esa equivalencia, con ello su deseo se ha visto desvanecido, reducido a una demanda, lo cual no podría convenirle.

He aquí el pasaje al acto cuya condición de posibilidad, según Lacan, fue el acting-out. Lacan afirma:

Lo que le ocurre en ese momento al sujeto es su identificación absoluta con ese *a* al cual ella se reduce, la confrontación con ese deseo del padre

sobre el cual todo en su conducta se construye con esa ley, que se hace presente en la mirada del padre, es aquello por lo cual se siente definitivamente identificada y al mismo tiempo rechazada, lanzada fuera de la escena.

Y sería entonces lo que “realiza” el “dejar caer”. Ella se deja caer porque está excluido que “se” pueda dejarse caer, es decir, realizarse en el nivel de lo que Lacan llama una “identificación absoluta con ese *a* al cual ella se reduce”. Dicho de otro modo, *ella no podría ser lo que sin embargo todo el acting-out estaba destinado a significar que ella era*, a saber, esa mirada del padre.

V. RAZÓN DEL FRACASO DEL ANÁLISIS CON FREUD

¿Cómo situará Lacan a partir de allí el análisis de esa muchacha con Freud?

Hagamos otra breve excursión a 1957. Desde aquella fecha, Lacan discutía de manera crítica en qué había malogrado Freud el análisis de la joven homosexual. Según él, Freud no supo distinguir la transferencia imaginaria de la transferencia simbólica³³, y por lo tanto vemos en este caso concreto, en la medida en que Lacan iba a tener razón en esa distinción, que el freudolacanismo, al no tomar partido claramente a favor del paradigma R. S. I., puede ignorar una práctica analítica más acorde a los problemas que plantea esa práctica. ¿En qué consiste la no-distinción en Freud entre la transferencia simbólica y la transferencia imaginaria? Se trata de los sueños “engañosos” que le ofrece a Freud

³³ J. Lacan, sem. *La relación de objeto*, op. cit., p. 138.

su joven paciente, sueños en los que ella se ve tal y como su entorno desea verla, casada, con hijos, fiel, dichosa, honrando al padre y a la madre, en suma, normalizada. Freud presiente el engaño, veremos sobre qué bases. Lacan no lo niega, pero de alguna manera le propone... a Freud que olvide ese dato, que cierre los ojos ante él (pero esa abstención sería más bien una forma de recibirlo como lo que es) y que se concentre en el texto de esos sueños³⁴, vale decir, en la transferencia simbólica y no en la relación imaginaria entre él en posición paterna y la muchacha que, según él y sin dudas que en parte tendría razón, lo provoca de la misma manera que provocaba a su padre. Freud se lo hace notar, y ese fue su error (decir una verdad perfectamente puede ser un error, y no sólo en psicoanálisis), porque con su observación endurece y concluye la cuestión. En efecto, precisamente por haberle dado importancia a esa transferencia imaginaria fue que Freud decidió interrumpir el tratamiento. Lacan dice:

Su propia intervención, su concepción, sus prejuicios sobre la posición [de la paciente] deben haber tenido algo que ver en la ruptura de la situación.

En 1957, la apuesta doctrinal de la discusión era R. S. I., un antídoto capaz de orientar otra manera de psicoanalizar. En 1963, siguiendo la línea de la invención del objeto *petit a*, la apuesta doctrinal consistirá en for-

³⁴ Un texto que Freud por desgracia no nos ofrece, un hecho que contrasta fuertemente con los primeros casos que publicó; es una grave laguna que, salvo el *niederkommen*, no haya una sola palabra de la paciente en el artículo de Freud, lo que por sí solo indica, confirma el acento que pone Freud en la "transferencia imaginaria".

mular de qué modo debe situarse el psicoanalista respecto a ese *petit a*. En algún sentido, Freud (con el caso de la joven homosexual) le sirve a Lacan de pretexto, aun cuando políticamente sea muy importante aclarar con exactitud cómo se compone el límite del análisis con Freud, sin contentarse ya con decir que "Freud tiene algo que ver" en la constitución de dicho límite.

Es pues a fin de circunscribir dicho límite, mostrar que hay un posible más allá de Freud, que Lacan se verá llevado a elevar el pasaje al acto de esa homosexual a la dignidad de un paradigma. El "dejar caer" que realiza no sería una de las modalidades posibles de pasaje al acto (que debiera agruparse con cualesquiera otras: quemarse vivo, ahogarse o colgarse, que es una manera de morir de pie, o incluso la caquexia vesánica tan impresionante de Christine Papin); sería en cambio la efectuación misma de lo que está en juego en cualquier pasaje al acto. Lacan ya lo anunciaba:

El *niederkommen* es esencial para toda súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es en tanto que *petit a*.

A la semana siguiente, un 23 de enero, Lacan volverá de nuevo sobre ello:

El dejar caer es el correlato esencial de lo que les indiqué la última vez sobre el pasaje al acto³⁵.

³⁵ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 23 de enero de 1963, estenografía p. 3, AF p. 114.

La estenógrafa había escrito “Se”, “*Se laisser tomber*” [“Dejarse caer”]*. Aunque errónea, esa transcripción suena acertada, porque hemos visto que no se trata sino de dejarse caer “uno mismo”, y eso es lo que “realiza” el pasaje al acto. El pasaje al acto realiza algo que justamente está en vías de realizarse, que incluso es realizado en la realización del acting-out. El acting-out presenta una dimensión teatral (mostrativa, hemos dicho), Lacan lo subrayó, pero en el sentido en que la escena se repite en ausencia de un público debidamente constituido. La realización del acting-out correspondería, por así decir, a un estreno, un estreno que por una razón estructural no tendría, no podría tener continuidad. Otra analogía podría ser la performance artística, que no sucede más que una sola y única vez. Porque la continuidad, la reacción inmediata ante esa presencia de un primer público es el pasaje al acto, del cual se puede decir que si se constituyera por una expresión de deseos, ésta se formularía de la siguiente manera: “¡Que suceda entonces lo que sucede!” o bien “¡Que suceda lo que sucede!” la fórmula de la imposibilidad y por ende del carácter real del pasaje al acto sería entonces ésta, a la vez similar y diferente de la anterior: “Que sucede lo que sucede”, fórmula tautológica e inarticulable como tal, pues subvertiría nada menos que el lenguaje mismo donde justamente “un gato” no es “un gato”, ni “un centavo” es “un centavo”. Lo que el lenguaje no puede hacer es llevado por lo real. Vale decir: *no hay “pasaje” al acto*, el “pasaje al acto” es un concepto denominado falazmente, si con ello entendemos que algo lingüístico se realiza-

* En la cita anterior, dice *ce laisser tomber*, que es homófono con el posible error taquigráfico que señala el autor [T.].

ría en el acto. Por el contrario, el acto realiza algo a lo que el lenguaje de ninguna manera puede acceder.

Esa "solución" del pasaje al acto es bastante similar a la masoquista de la que hablaba Lacan ya en *Los complejos familiares*³⁶, salvo por el hecho de que en ese texto de régimen hegeliano el masoquismo intervenía como resolución de un estadio de la libido e instancia del pasaje al estadio siguiente, mientras que en este caso, en la perspectiva estructural de *La angustia*, el masoquismo tiene el alcance de una aceptación en suspenso pero que equivale a una apropiación.

Estamos pues ante esa práctica de Freud que Lacan, en principio prudente, considera "única"³⁷ en Freud; enseguida, con la llegada de otros enunciados, esa prudencia desaparecerá.

Ya en la sesión anterior, Lacan había declarado:

[...] Freud siente que por más que la paciente haga un avance espectacular [*¡sic!*] en su análisis, eso le pasa, por así decir, como agua sobre las plumas de un pato. Y si bien designa en particular el sitio que le corresponde al *petit a* en el espejo del Otro, mediante todas las coordenadas posibles, por supuesto que sin tener los elementos de mi topología, pero no se puede decirlo con mayor claridad, porque dice entonces, y ante eso me detengo, me tropiezo, que es algo así como lo que sucede ante ["en", corrige AF] la hipnosis³⁸.

* J. Lacan, *La familia*, Ed. Homo Sapiens, Bs.As., 1997. (Dicho escrito es de 1938, y en francés se tituló *Los complejos familiares*).

³⁷ *Id.*, sem. *La angustia*, sesión del 23 de enero de 1963, p. 3, p. 114.

³⁸ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963, estenografía p. 28, AF p. 110.

Lacan por lo tanto hace hablar a Freud. ¿Qué decía Freud exactamente? Esto:

La impresión que daba su análisis se asemeja a la de un tratamiento hipnótico en que la resistencia, de igual modo, se ha retirado hasta una determinada frontera donde, después, resulta inexpugnable³⁹.

La improvisación de Lacan entonces, que le presta su voz a Freud, no es tan maliciosa, y sin duda que fuerza las cosas mucho menos de lo que podía pensarse a primera vista. Igualmente indica que no las fuerza en absoluto la metáfora, tan justa en este caso, aun cuando a Lacan le encante hacerla, del agua sobre las plumas de un pato para expresar la indiferencia de la muchacha ante las interpretaciones que Freud le ofrece generosamente (en lugar de dejarla hablar, se pone pues en cuestión toda la metáfora del análisis como un viaje programado que, para decirlo con precisión, es una boludez⁴⁰, y señala el retorno de Freud a una posición de dominio).

Refiriéndose al esquema óptico a lo largo de todo ese pasaje, Lacan deberá aclarar lo que sucede en la hipnosis y cuáles son los límites de la hipnosis:

El sujeto, en el espejo del Otro, es capaz de leer todo lo que está allí, en el nivel de ese pequeño florero punteado, todo lo que es especularizable,

³⁹ S. Freud, art. citado, p. 156.

⁴⁰ Lacan le dio a este término [*connerie* en el original] el estatuto de un concepto (cf. Jean Allouch -*Hola... ¿Lacan?* -*Claro que no*, Editorial psicoanalítica de la letra, México, 1998, prefacio).

digamos. [...] lo único que no se ve en la hipnosis es justamente la tapa del jarro en sí, ni la mirada del hipnotizador que es la causa de la hipnosis. La causa de la hipnosis no se revela en las consecuencias de la hipnosis⁴¹.

Lacan toma pues al pie de la letra la "impresión" de Freud; identifica lisa y llanamente la situación de esc análisis como una situación hipnótica.

Si es central [la causa de la hipnosis] es porque está allí, es de lo que se trata en el caso de la joven homosexual; es justamente lo que nos debe aportar claridad, es decir, una determinada promoción del falo como tal al sitio del *a*.

Se hace posible entonces la estocada, que constituye la declaración que en vano buscaríamos en 1957 y según la cual (subrayado mío):

Ese análisis concluye en que *Freud la deja caer*.

Y ahora con respecto a Dora

la función del *a*, del objeto, es tan predominante que llegó a pasar a lo real, un pasaje al acto cuya relación simbólica sin embargo [Freud] comprende bien. Freud se da por vencido, "yo no llegaré a nada", se dice, y la deriva a una colega femenina. Es él quien toma la iniciativa de dejarla caer. Los dejaré con este término como motivo de sus reflexio-

⁴¹ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963, estenografía p. 28, AF p. 110.

nes, porque ustedes perciben claramente que esa preocupación va a considerar una referencia esencial en la manipulación analítica de la transferencia.

Podemos juzgar genial o, por el contrario, completamente fuera de foco la operación a la que se aboca en este caso Lacan. No faltarán argumentos sensatos para refutar su pertinencia. Dada la importancia del concepto de "renuncia" (*Auswich; ausweichen*: dar lugar, desaparecer, escapar de, sustraerse; sentido figurado: esquivar, eludir) en el texto de Freud (la homosexualidad como renuncia con respecto a una posición heterosexual ya adquirida, o sea lo contrario de la posición más generalmente citada de Freud: la homosexualidad como inacabamiento), no parecería para nada inoportuno decir que Freud "renuncia", en vez de decir que "deja caer" a la joven. Por otra parte, no la deja caer exactamente en el mismo sentido en que ella se deja caer por encima de la baranda, puesto que la envía con una colega (el equivalente del hospital adonde la joven se habría hallado después de su pasaje al acto) y que, si no me engaño, esa colega está en control con él y que por lo tanto le hablará de ese caso. Gracias a tal dispositivo, Freud conservaría las riendas [*rênes*] o, mejor dicho, las reinas [*reines*]*.

Sin embargo, Freud toma una decisión muy inoportuna. Curiosamente, *inmediatamente antes* de que nos advierta, a nosotros sus lectores, que los sueños "engañosos" de la muchacha implicaban una porción de seducción hacia él, nos informa de su deci-

* "Reinas" también en el sentido de la pieza de ajedrez, como si se dijera que "conserva su dama" [T.].

sión de ponerle fin a ese análisis por una razón que no resiste ningún examen, a saber, el hecho de que su paciente transfería a su analista su “radical rechazo del hombre”, provocado por la decepción hacia su padre:

Le puse entonces fin al análisis *apenas* [subrayado mío] tomé conocimiento de la posición de la joven frente a su padre [...].

Lacan entonces, en 1963, llamará a esa decisión un “dejar caer”. Es algo clínica y doctrinariamente muy fuerte, por dos razones, una que llamaré narrativa, la otra pulsional.

Razón narrativa. La primera obedece a la estructura del relato. Lacan tiene derecho a afirmar que Freud “deja caer” a su joven paciente porque, al enviarla con una mujer, Freud restablece la situación de a tres, la configuración ternaria del acting-out. Al hablar con su analista mujer, enamorándose de ella (¡si todo va bien!), la muchacha se volvería a encontrar con Freud estrictamente en el mismo sitio que ocupaba su padre cuestionado en virtud de su relación con la dama.

Enseguida notamos el beneficio para Freud. En el comienzo de ese tratamiento, acerca del cual enuncia toda clase de reservas indicándonos que no fue un tratamiento analítico, había dos padres, una situación insostenible, y en razón de la cual se ha tratado anteriormente sobre la unicidad de la posición paterna. Si la joven hubiese aceptado la propuesta de Freud, ya no habría,

ella ya no tendría sino uno, o sea Freud. Dicho de otro modo, el gesto de Freud habría consistido entonces (aunque ignoramos la continuación) en decirle al padre de la muchacha: "Muévete de allí que me meto yo", lo que quizás hubiera constituido, si hubiese sido aceptada, una intervención perfectamente fundada, pertinente, una intervención no analítica sino sobre las condiciones de posibilidad de un análisis para esa joven. Desde el momento en que Freud no tomaba al padre en análisis, casi no quedaba otro camino que el que consistiría no en analizar a la muchacha (que entonces habría sido puesta en el lugar de su padre), sino en localizar las condiciones de posibilidad de su propio análisis, por cierto *en otro lugar* diferente a donde hubiera debido acostarse su padre, aunque sin dejar de tener relación con ese lugar primario de la demanda de análisis.

Ese dispositivo propuesto por Freud también hubiera podido ofrecer un beneficio considerable a la joven, debido a esa misma sustitución de su padre por Freud. Puesto que Freud habría tenido un vínculo con la nueva dama, es decir, la analista mujer, a la que estimaba (su perversidad ofrecía algunas ventajas), a diferencia del padre de la joven para quien la dama no era más que una mancha en su reputación.

Sea como sea lo que haya pasado luego, y que ignoramos, en el momento en que Freud "deja caer" a la joven (lo que sería el caso si ella y su familia hubiesen dicho que no a la proposición de Freud, y que en mi opinión sigue siendo el resultado más probable de ese "tratamiento"), tenemos pues la siguiente estructura narrativa:

acting-out – pas. al acto / sesiones con Freud /
pas. al acto (de Freud) – acting-out embarazo

Y en efecto, Lacan no dudará en calificar como un pasaje al acto la decisión de Freud de dejar caer a la joven:

Sin ver en qué embarazo se había metido [...]

Está en un “embarazo” en el sentido del castellano “estar embarazado”*. En la medida en que está en posición de hipnotizador, contiene a *petit a*, la causa no imaginable de la hipnosis, y un objeto *petit a* posee un valor fálico:

está conmovido, como lo muestra claramente ante esa amenaza a la fidelidad del inconsciente [...]

Se trata de toda la discusión sobre los sueños engañosos:

él pasa al acto⁴².

La crítica de los límites del análisis freudiano entonces es muy precisa, y se enfoca en ese caso:

Lo extraño es que Freud abandona [*laisse tomber*] ante ese atascamiento de todos los engranajes, no se interesa en aquello que justamente los hace atascar, es decir, el desecho, el pequeño resto, lo que va a frenar todo y que es entonces lo que está en cuestión.

* El autor alude a una posible traducción literal del verbo *embarrasser* (“poner o estar en un aprieto”, entre otras acepciones) mediante el español “embarazar” [T.].

⁴² J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963, estenografía p. 33, AF p. 126.

Razón pulsional. He llamado “pulsional” a la otra razón capital que nos hace avalar la formulación lacaniana de la decisión de Freud como un “dejar caer”. Para entender esto, es oportuno hacer una última excursión por 1957. Al evocar uno de los sueños “engañosos” y más precisamente aún la tentativa de seducción de Freud que contienen, Lacan hace hablar a Freud una vez más:

Creo que la intención de inducirme al error era uno de los elementos conformadores de ese sueño. Era también un intento por ganar mi interés y mi buena disposición, probablemente para [“más tarde”, agrega AF] desilusionarme más profundamente⁴³.

Y luego comenta:

Asoma aquí esa intención imputada al sujeto de cautivarlo, a él, Freud, para hacerlo caer de su altura, para hacerlo fracasar desde una altura tanto mayor en la medida en que más sería presa de la situación. Si se entiende el acento de esa frase, no es dudoso que haya lo que llamamos una acción contra-transferencial. El sueño es engañoso, Freud sólo retiene eso [...]

⁴³ J. Lacan, sem. *La relación de objeto*, op. cit., p. 109. Debe confrontarse con lo que escribe Freud (cf. art. citado, p. 158). La continuación de la cita debe igualmente confrontarse con la transcripción AF: “Aquí asoma esa intención imputada al sujeto de asumir esa posición de cautivarlo, atraparlo, dice Freud, para hacerlo caer desde mayor altura, para hacerlo fracasar desde una altura mayor en la medida en que hasta entonces es algo donde de alguna manera él mismo, podemos decir, es presa de la situación, porque en absoluto parece dudoso entender el acento de esa frase, donde hay lo que llamamos una acción contra-transferencial. Es exacto que el sueño es falso, y él sólo va a retener eso.”

Dicho de otro modo: Lacan tiene fundamentos para decir que Freud “deja caer” a la joven, por la sencilla razón de que la amenaza para él (Freud) era que la joven lo dejara caer. Aunque para ello hubiese hecho falta que Freud se dejara engañar por la maniobra seductora y que fuera libre de disponer de sus acciones para la puesta en práctica de esa estrategia analítica. Según Lacan en 1957, no era así:

En lugar de tomar ese camino, digámoslo de una manera un tanto gruesa [*grosse*] [*¡sic!*], se trata de *grossesse* (“embarazo”), toma el asunto como si se dirigiese contra él.

También esto, dice, es un intento de embaucarme, de cautivarme, de hacer que la considere muy linda. Esa frase de más basta para informarnos. Debe ser encantadora esa muchacha para que, como con Dora, Freud no sea completamente libre en ese asunto. Al afirmar que se le reserva lo peor, lo que quiere evitar es sentirse desilusionado de sí mismo. Es decir que está predispuesto a hacerse ilusiones. Al ponerse en guardia contra esas ilusiones, ya ha entrado en el juego. Realiza el juego imaginario. Lo hace volverse real porque está dentro de él.

Aquí tenemos el texto AF, sin duda mucho más próximo a las declaraciones de Lacan aunque bastante enredado:

Pero si esto es muy bien visto por Freud [esto: se trata de la verdad y la mentira en la relación del sujeto con el Otro], parece que se le escapa lo que es una verdadera transferencia, es decir que en la interpreta-

ción del deseo de engañar está abierto el camino, en lugar de tomarlo como algo que –digámoslo de una manera un tanto gruesa– está dirigido contra él.

Freud, por así decir, toma a esos sueños falaces como un alarde imaginario; Lacan propone leer allí la intervención de un sujeto simbólico, es decir, capaz de engañar (podemos recordar aquí al sujeto humano definido por Lacan como un animal capaz de dejar huellas de tal modo que pueda creerse que son verdaderas cuando son falsas, el animal que hace uso de huellas falsas).

Porque ha bastado que dijera esa frase de más: “Es también un intento de embaucarme, de cautivar-me, de hacer que la considere linda” –y debe ser encantadora esa muchacha para que, como con Dora, no sea completamente libre en ese asunto– y lo que quiere evitar es justamente que afirma que le está reservado lo peor, es decir, algo donde se sentirá desilusionado de sí mismo, es decir que está pre-dispuesto a hacerse ilusiones, ya ha entrado en el juego, realiza el juego imaginario.

La joven no “debe” ser encantadora, no hay ninguna necesidad de suponerlo; es simplemente bella, Freud lo dice en el segundo párrafo de su texto: “bella e inteligente”. Y por lo tanto, dada la importancia de su belleza en la discusión de su caso, propongo designarla en adelante, a falta de su nombre, como la bella homosexual.

La frase que Lacan le atribuye a Freud no es una cita literal, pero tampoco está tan alejada de las afirmaciones de Freud⁴⁴:

⁴⁴ S. Freud, art. citado, p. 157.

Sin embargo creo que junto a la intención de inducirme al error había también en sus sueños una parte de seducción; era también un intento para ganar mi interés y mi buena opinión, tal vez a fin de decepcionarme más profundamente luego.

En cambio, hay un punto que Lacan no discute ni en 1957 ni en 1963 y que fue decisivo para Freud, porque sobre ese rasgo reguló su posición (lo que Lacan llama su "transferencia imaginaria"). Freud advertía la "contradicción muy grande" entre los sueños de la joven y "las manifestaciones de su vigilia" que son esencialmente pensamientos que ella le decía de buenas a primeras: 1) que deseaba casarse para tener tranquilidad y "vivir sin molestias sus inclinaciones reales", 2) que el hombre no le plantearía problemas, que ella lo conseguiría y que, 3) como la dama, tendría relaciones sexuales "al mismo tiempo" [¡!]⁴⁵ con un hombre y con una mujer. Es la "contradicción" de tales declaraciones con los sueños de normalización lo que alerta a Freud y le hace decirle a la bella homosexual que pretende engañarlo. ¿En qué se equivoca, si se equivoca en ese caso como supone Lacan? En que se trata de declaraciones, conjeturas estratégicas que le ofrece la joven en referencia a su política erótica. Se trata *de lo que ella piensa y no de dónde está ella*⁴⁶. Pero si la to-

⁴⁵ La orgía que se evoca aparece también en el alemán *gleichzeitig*.

⁴⁶ Cf. la reescritura lacaniana del *Cogito* "Allí donde pienso, no estoy, allí donde estoy, no pienso", y sus prolongaciones en el seminario *El acto psicoanalítico* donde un matema, basado en esa reescritura, une tres vectores respectivamente designados como alienación, transferencia, verdad. [Debe tenerse en cuenta que *être* significa tanto "ser" —que sería la traducción filosófica tradicional— como "estar", a la que parece inclinarse la frase de Lacan por su utilización de los adverbios de lugar (T.)]

mara en el nivel de sus sueños, en el nivel de la transferencia simbólica, sin duda que Freud se hubiese aproximado a lo que ella era, permitiéndole así que ella se acercara a sí misma.

Lacan, en esa época anterior a la invención del objeto *petit a*, no dice, no puede decir que lo real del juego de la joven con Freud es que Freud sea dejado caer en tanto que objeto pulsional. En cambio declara, en 1957 (transcripción AF):

A partir de ese momento lo hace volverse real porque está dentro de él, y por otra parte eso no es erróneo, porque en la manera en que interpreta el asunto le dice a la joven que la intención de ella es en verdad engañarlo como tiene la costumbre de engañar a su padre. Es decir que pone término en seguida a lo que ha realizado como relación imaginaria, y de alguna manera su contra-transferencia le hubiera podido servir a condición de que no fuera una contra-transferencia, a condición de que él mismo no creyera en ella, es decir que no estuviera en ella.

Lacan critica a Freud no solamente porque se ha adecuado a la transferencia imaginaria, *sino también y quizás sobre todo porque ha roto esa transferencia imaginaria con su interpretación*. Freud había “realizado” (realizado en el sentido fuerte, en el sentido en que lo imaginario es real) esa transferencia imaginaria; si se hubiera concentrado en la transferencia simbólica, no habría roto la transferencia imaginaria, sino que por el contrario la habría hecho jugar. En lugar de ello, vemos que rompe ese objeto precioso al inter-

pretarlo. Sin embargo, recién en 1963, con el estudio del objeto *petit a* en su relación con el analista, Lacan formulará con precisión lo que ha pasado, en qué habría consistido el error de Freud.

Freud “deja caer” a la joven precisamente porque se niega a correr el riesgo de ser abandonado [*laissé tomber*] por ella (se trata de la misma pulsión, de la castración de la pulsión escotofílica). Si hubiese tomado el camino señalado por Lacan, Freud hubiera abierto la posibilidad de que esa joven lo dejara caer a él, pero como soporte o portador de una mirada o incluso en tanto que mirada —pues ese habría sido el momento, el *kairós*, en que dicho acto se habría vuelto posible para ella. Y sin duda, para llegar a ese momento conclusivo de su análisis, hubiera sido preciso que ella realice hasta qué punto esa mirada pertenecía al orden del excremento (cf. la expresión “es una mierda” para expresar que una cosa no tiene importancia).

Teniendo en mente este análisis del caso que en adelante se revela igualmente como el caso de Freud tanto como el de la joven homosexual, podemos releer, dándole un poco más de cuerpo, la declaración que fuera nuestro punto de partida:

[...] la referencia a la transferencia, limitándola únicamente a los efectos de repetición, a los efectos de reproducción, es algo que perfectamente merecería extenderse, y que la dimensión sincrónica corre el riesgo —a fuerza de insistir en el elemento histórico, en el elemento de repetición de lo vivido— corre el riesgo, en todo caso, de dejar de lado toda una dimensión no menos importante, que es

precisamente lo que puede aparecer, lo que está incluido, latente, en la posición del analista, donde yace, en el espacio que lo determina, la función del objeto parcial.

VI. LA ERÓTICA DE LA IPA

A lo cual podemos añadir que la situación que Freud recompone mediante su pasaje al acto es isomorfa con respecto a la que configuraba en el mismo momento con Anna y Lou. No es sólo que incluso el estilo cortés del vínculo homosexual sea semejante (Lou en posición de dama, y sin relación sexual), sino que él ocupa el mismo lugar paternal.

Hagamos ahora un poco de psicoanálisis-ficción para desembocar sin embargo en un extraña verdad: la muchacha, de aceptar la propuesta final de Freud, y aun cuando su análisis no haya sido llevado a su término (que haya tropezado con el complejo de castración en lugar de dejar caer la mirada del padre), hubiera podido ser confirmada como "homosexual" al convertirse en una freudiana (en el sentido en que existiría un Freud padre del psicoanálisis). En tal sentido, todos los "freudianos" son "homosexuales". La IPA (International Psychoanalytic Association) es un movimiento "lesbiano", lo que por otra parte Freud, para no hablar de la más notoria de sus relaciones con sus alumnos, le quiso imponer a Ferenczi y lo que éste, preso en la misma problemática, le negó (que se dejara tratar como una mujer por un padre, vale decir como él trataba a Anna, aun cuando Ferenczi lo entienda de otro modo: malentendido). Era lógico que Freud haya querido poner a la cabeza

ideológica de la IPA a una lesbiana en la persona de su propia hija.

Y vemos pues a Lacan, ya advertido de tal estado de cosas, al concluir su revisión del caso de la joven homosexual, modificando el sentido del eslogan "retorno a Freud". "La cosa freudiana, dice, es lo que Freud ha dejado caer⁴⁷." Nuestros amigos lacanianos que usan el nombre de Freud incluido en el de su grupo, ¿han medido el alcance de esta declaración? Les planteo aquí la pregunta.

El límite del análisis con Freud no es entonces otra cosa que el lugar de Freud como padre del psicoanálisis. Pero ese lugar, a comienzos de aquel año de 1963, se aclara bajo una nueva luz. Es el lugar del hipnotizador, donde yace el objeto parcial signado por el valor fálico.

Y Lacan advierte inmediatamente antes de su redefinición del retorno a Freud que ese lugar es desde donde la femineidad sólo puede ser un escollo, un continente convertido en "negro" con la fascinación de todos los freudianos (en el sentido ya mencionado) por la pregunta: "¿Qué quiere la mujer?" Fascinación que contiene su parte de semblante, porque al ser planteada desde cierto lugar (el de Freud-padre), dicha pregunta, como se debe, no deja de contener su propia respuesta. ¿Qué dice esa respuesta? Que la mujer quiere a otra mujer. Freud quiso a Lou para Anna. Es por lo tanto una respuesta en abismo; de allí surge la fascinación; y lo que Lacan llama "el tropiezo del pensamiento de Freud" con esa femineidad que "se sus-

⁴⁷ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 23 de enero de 1963, estenografía p. 35, AF p. 127.

trae" –forzosamente, todo el dispositivo lesbiano de la IPA apunta a ello.

¿Cuáles son las consecuencias de dicha configuración (de la cual Lacan y sus alumnos debían apartarse absolutamente desde el momento en que se había localizado la función del objeto *petit a*) en el nivel de la práctica analítica? Lo que hemos estudiado hasta aquí permite otorgar nuestro acuerdo a la perspectiva que Lacan había anunciado inmediatamente antes de revisar este caso, la de una práctica analítica basada en el análisis como espacio del objeto parcial, y no en el analista como lugar en donde yace, definitivamente enquistado mediante el empaternamiento freudiano, ese objeto parcial por ende falicizado. Freud, decía Lacan, señala la angustia de castración como límite del análisis porque él seguía siendo, para su analizado, "la sede, el lugar del objeto parcial"⁴⁸. Podemos concluir que ha quedado claro lo que ocurrió o no ocurrió entre la joven homosexual y Freud.

Una postura semejante bloquea por anticipado la erótica analítica en cuanto a las variedades que puede presentar. Un movimiento típico: Freud rechaza el atisbo de seducción hacia él del que da muestras la muchacha, la envía a otra mujer y hacia esa homosexualidad femenina que aparentemente le resulta tan conveniente, que tan adecuadamente se conjuga con su *père-version* [padre-versión]. Freud, sede del objeto parcial falicizado, es eróticamente intocable. Poco importa que las mujeres cojan entre sí o no, y que los hombres cojan o no cojan con las mujeres, o que cojan entre ellos. El falo que los mira está en buenas manos.

⁴⁸ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 9 de enero de 1963, estenografía p. 23, AF p. 92-93.

Así se nos muestra la pastoral analítica. La pastoral analítica no es ni más ni menos que un padre que se masturba. Hay una ocurrencia de Lacan al respecto, relatada por Juan David Nasio⁴⁹.

Al revisar la traducción de los *Escritos* al español, Nasio se topa con la curiosa expresión *mano del mono**. Va a ver a Lacan y lo interroga:

- ¿Qué significa esa "mano del mono"?
- ¡Es la masturbación!
- ¡Pero se trata de Freud!
- ¿No sabe usted que Freud era un gran masturbador?

Salvador Dalí, que hizo un retrato de Freud, no estaba lejos de ello con su gran masturbador.

⁴⁹ J. Allouch, *-Hola... ¿Lacan? -Claro que no, op. cit., p. 312.*

* En español en el original.

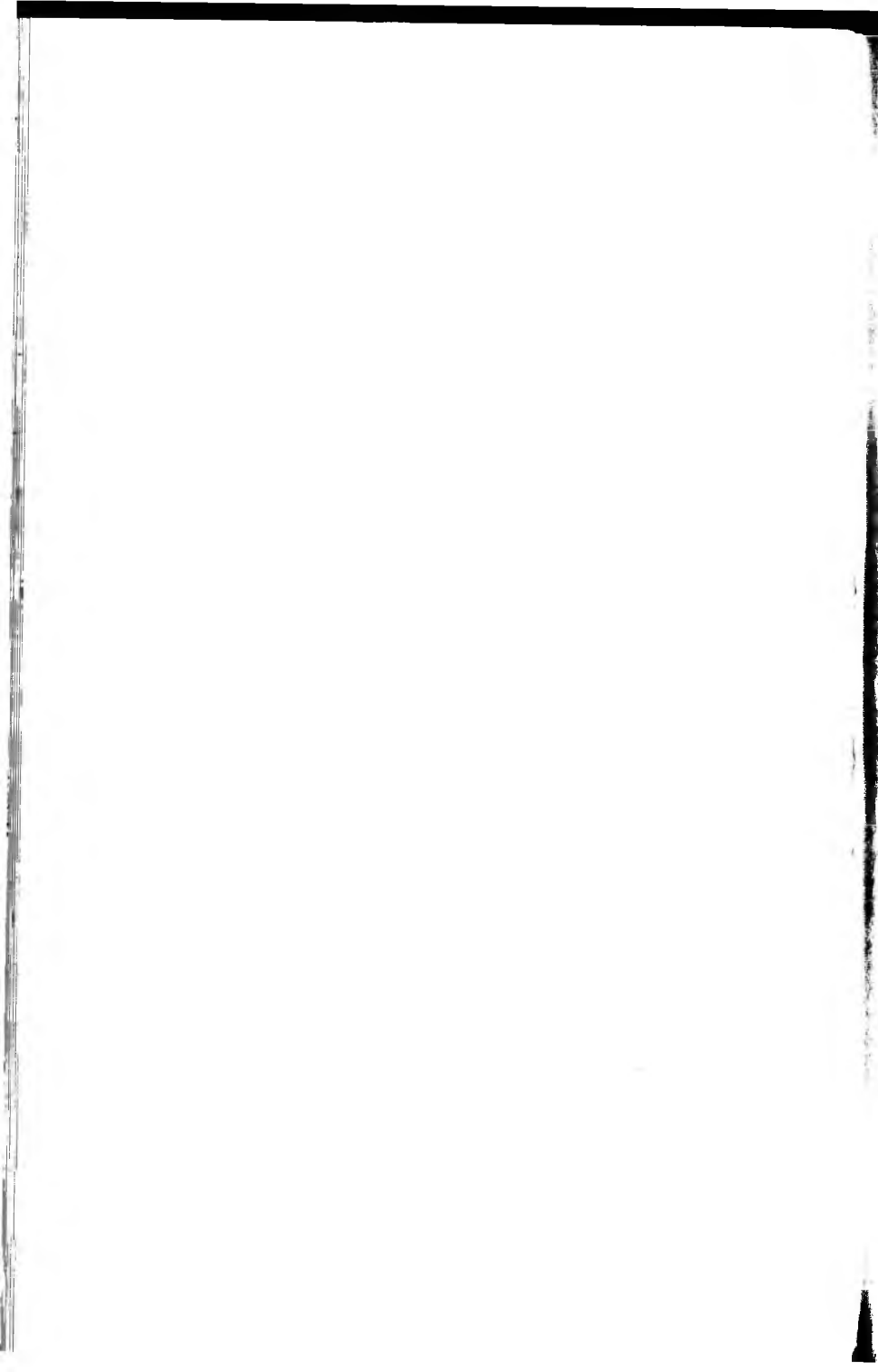


CORRECCIÓN II

1000

3
4
5
6
7
8
9
10

11
12
13
14
15
16
17
18
19
20



AMAR COMO AMO
SOBRE LA ENSEÑANZA DE ALIAS SIDONIE CSILLAG

*La belleza es su criterio, es su afrodisíaco; el deseo es el motor que la impulsa. El cumplimiento, la realidad no son más que decepción y abatimiento*⁵⁰.

INES RIEDER, DIANA VOIGT

Las mujeres maestras [maîtres] han sido eminentes, por cierto, pero poco numerosas. Las mujeres discípulas concurrían desde Siracusa, Atenas y Antioquía. Esa "demografía" está a punto de cambiar*⁵¹.

GEORGE STEINER

UN DOMINIO [maîtrise] SINGULARMENTE SOSTENIDO

Xx (¿?) Xx (¿?)⁵², *alias* Sidonie Csillag. Así debería corregirse el uso erróneo de "*alias*" en mi título. Sin

⁵⁰ Ines Rieder, Diana Voigt, *Sidonie Csillag. La "joven homosexual" de Freud*. Buenos Aires, El cuenco de plata/Ediciones literales, 2004, p. 174.

* Volvemos a recordar que el término *maître* puede traducirse como "dueño, amo, maestro", entre otras acepciones [T.].

⁵¹ George Steiner, *Maîtres y disciples*, traducido del inglés por Pierre-Emmanuel Dauzat, París, Gallimard, 2003, p. 183. Cabe destacar el título original, en la medida en que sugiere una posible paradoja: *Lessons of the Masters*.

⁵² La obra relata un sainete de donde el lector sagaz podría deducir el nombre de pila de Sidonie Csillag. No quisiéramos facilitar aquí su pereza mental.

embargo, si persisto en el error, la entera responsabilidad le corresponde a Sidonie Csillag —salvo que yo mismo me hago víctima de esa responsabilidad al intentar ahora tomar nota de la publicación de su biografía.

Algo que no hicieron ni Freud ni Lacan al referirse a ella. El profesor Freud no lo veía claramente, no estaba informado acerca del dominio (lo confirma su segunda teoría del aparato psíquico, con un yo, amo [*maître*] lastimoso, mal ubicado entre ello, superyó y realidad, pero a pesar de todo un pequeño amo: muy tempranamente Lacan lo corregirá⁵³); en cuanto al doctor Lacan, aún no había establecido su doctrina de la discursividad cuando en dos ocasiones, y además de maneras notablemente diferentes, llegó a interpretar el caso⁵⁴ de la llamada “joven homosexual” de Freud (su nombre “de en análisis⁵⁵” quedaba en adelante prescripto). A decir verdad, la segunda vez, en 1963, se trataba más bien del caso de Freud psicoanalizándola, o mejor dicho fracasando en psicoanalizarla. Es lamentable, perjudicial para ellos y para quienes los sucedieron. Es oportuno entonces revisar de nuevo lo que se debatió desde el momento en que Lacan aisló cuatro modalidades del lazo social denominándolas “discursos” y especialmente establecien-

⁵³ Declara entonces que el psicoanálisis necesita una nueva teoría del yo para no dejar fuera de su indagación, e incluso fuera de su alcance lo que llamará el “campo paranoico de las psicosis”. La invención del estadio del espejo responderá a esa expectativa.

⁵⁴ Sobre las reservas que suscita este término, véase Thomas Gindele: “Freud, Lacan, Sidonie: desfasajes”, publicado como postfacio de la obra.

⁵⁵ Expresión construida en base al paradigma gramatical durasiano: *Su nombre de Venecia en Calcuta desierta*. [Suponemos que el autor se refiere a la similitud entre la construcción *d'en analyse*, que traducimos literalmente, y *de Venise* en el título de Marguerite Duras.]

do una distinción clara (formalizada) entre discurso del amo y discurso psicoanalítico.

Algunos, serios, cultos, sensibles a la dimensión de la letra, lamentaron que en la versión francesa de su vida Sidonie Csillag no apareciera con su "verdadero" nombre; como editor de la obra, yo mismo hice algunas gestiones en tal sentido ante las dos autoras, Ines Rieder y Diana Voigt, que gentil y firmemente se negaron a ello. Tuve que revisar mi postura, llegando a la conclusión de que ellas tenían razón. ¿Por qué?

Porque Sidonie Csillag, desde su primera lactancia hasta su muerte y más allá (un más allá que contiene a nuestro presente), fue un amo, y no hay que salir ni sacarla de allí. Así vivió, así quiso ser, así debemos aceptarla, si no nos obligamos a tomar la postura que consiste en decir, frente a la efectividad de un reparto de cartas, que es otra cosa distinta de lo que es.

Sidonie Csillag fue un amo: un amo en su relación con el trabajo, un amo de su eterna juventud, de sus sueños, de sus palabras, de su nombre, de su padre (y más ampliamente de su familia y dentro de ella), de la historia, de Freud, de su sexualidad, de sus perros, de sus amores. Enumeremos cada uno de estos puntos.

Un amo no trabaja. Cuando después de emigrar a Cuba con sus dos hermanos, Robert le sugiere que trabaje, Sidonie Csillag se siente "indignada"⁵⁶. Obligada a hacerlo, expresa su profundo desprecio por lo que llama (nótese la exactitud de sus palabras) "la existencia de una mujer de servicio"⁵⁷. Una confir-

⁵⁶ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 278.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 285.

mación, si fuera necesaria: la mendiga a la que envidia infinitamente por ser "dueña de su tiempo y de su vida" mientras que ella está forzada a trabajar. Ya mucho antes, cuando su padre la incita a elegir una profesión, ella le opone un feroz rechazo⁵⁸.

Fue dueña de su eterna juventud: "Hasta los noventa años se había sentido, como durante toda su vida, sin edad, sin limitaciones ni debilidades"⁵⁹. O bien esta declaración platónica al final de su vida: "Siempre he amado la belleza. Una mujer bella es siempre un deleite para mí —y será así hasta el final de mi vida"⁶⁰. Ese dominio [*maîtrise*] fue lo real, su real.

Ama de sus sueños. Ese dominio dio lugar a un notable engaño de Freud, quien no vio más que fuego, pero el suyo, aquél en el que él mismo se estaba quemando. Mientras Freud se preguntaba sobre el carácter engañoso del inconsciente⁶¹, de los sueños que ella le ofrecía tan acordes, demasiado abiertamente acordes a lo que su padre podía desear que ella fue-

⁵⁸ Lo único que le concede es aprender a escribir a máquina; su máquina la seguirá a todas partes y con ella tipea una correspondencia que no podemos dejar de esperar que pronto sea reunida y publicada.

⁵⁹ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 381.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 389.

⁶¹ Retóricamente, atribuye esa pregunta a "quienes se llaman psicoanalistas" y que al leer su artículo sobre "la joven homosexual" habrían sido presas de "una verdadera tormenta de indignación y desconcierto", un giro mediante el cual puede responderles que no pasa nada, que sólo los sueños (y no el inconsciente) son capaces de engañar.

ra⁶², ésta a su vez, al sentir la fuerte presión de la demanda de Freud de que le contara sueños y al no disponer de ellos, “[...] le *brinda* [subrayado mío] entonces sus encuentros con Léonie en forma de sueños”⁶³. Freud es engañado, ¡pero no en el punto en que cree advertirlo!

Ama de sus palabras. Lo demuestra que ella considere desdeñosamente el checo como una “lengua de *domésticos*”. Subrayo, porque ella no podría expresar mejor su relación con el lenguaje, la misma que indicaba Lévi-Strauss (Lacan lo mencionará) al señalar que un niño se complacía en decir: “El perro hace miau; el gato hace guau.” Y de una gavilla puede decirse que “no es avara ni rencorosa”.

Ama de su nombre. Su nombre de ama es Sidonie Csillag, y pretender que sea otro significaría atentar contra su dominio —cosa que ella no permite. Salvo por estupidez, nadie está autorizado a ello ni podría llegar a estarlo.

La fabricación de ese nombre, Sidonie Csillag, merece que uno se detenga. Los elementos que van a entrar en el asunto no figuran todos en la obra, pero las dos autoras los ofrecen de buen grado y eficazmente. Desde su más tierna infancia, Diana Voigt conoció a *** , una amiga de su abuela. Ya adulta, en

⁶² Sigmund Freud, “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, en T. XVIII, *Obras completas*, Amorrortu, Bs.As., 1984, p. 157-158.

⁶³ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 64.

los años ochenta albergó el proyecto de estudiar lo que sucede con las mujeres, lo que les sucede a las mujeres cuando tienen cierta edad, y pensó en ***, con quien restableció el contacto para su investigación, sin saber todavía que su interlocutora había sido una paciente de Freud. Y sin duda que su proyecto se habrá modificado cuando esta última le ofreció esa información, que no era su secreto pero que prefería no tener en cuenta. En adelante, se iba a tratar de producir una biografía de la vida de la anciana dama (que fallecerá en agosto de 1999 a la edad de noventa y nueve años), una biografía para la cual Diana Voigt iba a pedir poco después la ayuda de Ines Rieder. Las dos mujeres la interrogan extensamente, graban sus declaraciones, pero también hablan con ella en "off", la llevan a restaurantes, al cine, incluso una vez a un bar homo, le toman afecto a quien había sabido conquistar su estima. Estaba acordado que esa biografía no mencionaría su nombre, digamos que más bien el nombre con que era conocida en cierto ambiente de Viena, así como tampoco los nombres de algunos de sus allegados más cercanos. Sin embargo, el nombre figuraba en las primeras frases escritas para la biografía, incluso mientras las entrevistas continuaban; un buen día la función "reemplazar" de las computadoras con las que ahora se hacen los libros lo habría eliminado. Pero hay algo aún más extraño que ese gesto. Nunca se habló entre ellas tres, nos informa Ines Rieder, para determinar el pseudónimo (¿o sería mejor decir el "heterónimo"?) que iba a ponerse en circulación. El hecho parece notable, o al menos a mí me lo parece. Y no será entonces sino después de la muerte de *** cuando las dos autoras, reunidas

con alguno(a)s amigo(a)s, y tomando como base de datos en el anuario de la época los nombres de pila y los apellidos usuales en Viena antes de la Segunda Guerra mundial, elegirán "Sidonie" y "Csillag", un apellido que presentaba tres características, además del hecho de que era bastante común en la época:

- 1) su origen húngaro, que también tenía el "verdadero" nombre de Sidonie Csillag;
- 2) un parentesco literal con ese nombre "verdadero";
- 3) un sentido: *csillag* significa "astro"⁶⁴, "estrella" en húngaro.

Resulta pues que las dos autoras nos presentan, nos ofrecen a Sidonie Csillag como un astro, una estrella. Con buenas razones, vamos a intentar decir por qué.

La ausencia radical de preocupación que tuvo Sidonie Csillag (en adelante, su nombre) para intervenir en la manera en que iba a ser llamada por su posteridad, ¿constituye un hecho llamativo? Su dominio sobre su nombre entonces sólo habría consistido en decir: "no ese", no ese nombre con el cual era conocida en Viena; añadiendo en el acto "por lo demás, arréglenselas, decidan ustedes; sea cual fuera, lo que elijan estará bien"; añadiendo también "ni siquiera me importa saberlo antes de morir". ¿Podemos localizar

⁶⁴ Marcelo Pasternac me señaló en primer lugar este hecho, confirmado por el Gáldi László, *Magyar-Spanyol Szótár*, Budapest, Ed. Terra, 1958. La elección de un nombre propio portador de una significación fue deliberada.

el punto de subjetivación (de destitución subjetiva, que viene a ser lo mismo, por lo menos en Lacan y en algunos más) que es preciso haber alcanzado para dejar así en manos de dos amigas hasta la determinación de su nombre? Ese punto de subjetivación evoca el "qué importa quién habla" (Beckett), que Foucault eligiera como punto de partida para su conferencia sobre la discursividad. Con respecto a su nombre, Sidonie Csillag habría llevado tan lejos su dominio [*maîtrise*] que no le fue necesario tener el menor cuidado sobre lo que podía llegar a ser. De todas maneras, sus dos amigas tomarían una decisión pertinente. No podría concebirse una manera de estar más seguro de lo que uno dice. Kierkegaard, Pessoa fabrican ellos mismos sus pseudónimos; ella puede darse el lujo de dejarles eso a sus dos amigas.

Sus dos amigas..., cuyo proyecto fue llevado a cabo. Ese resultado debe medirse por contraste con el que se emprendió por el lado de los psicoanalistas, paralela y simultáneamente, aunque sin llegar a nada, ya que prácticamente estaba previsto que no llegara a nada. Kurt Eissler se contactó en los años cincuenta-sesenta con Sidonie Csillag, quien aceptó mantener una correspondencia regular con él, escribiéndole *una carta por mes* (!) hasta muy avanzada su vida. Esas cartas están desde entonces selladas en los Archivos Freud en Washington y, salvo imprevistos, deberemos esperar hasta el año 2049 para poder leerlas. Allí donde Sidonie Csillag aparecía con su "verdadero" nombre, las cosas se mantienen actualmente bajo llave. Allí donde supo usar un pseudónimo, resulta que están abiertas, accesibles.

Y cómo no inclinarse también ante el increíble dominio del que dará pruebas Sidonie Csillag con respecto a su padre, ese personaje cuya mirada los psicoanalistas se complacen en suponer "indignada", una mirada que también se complacen en presentar como decisiva en la vida de Sidonie Csillag. Cuando se enamora de un hombre, o más precisamente de un caballero al que observa montando en su caballo, cuya "soberanía" admira, pero mientras que se trata de un oficial divorciado y sin dinero, poco apto para resultar conveniente a su padre, desde el instante en que ella le anuncie que desea desposarlo, primero consigue que su padre, advertido por rumores, no se atreva siquiera a interrogarlo al respecto, luego logra reducir al padre sencillamente a su merced, lo que Ines Rieder y Diana Voigt transcriben así:

No le queda pues otra solución que apoyar a Sido en todos sus proyectos, aun cuando no le parezcan convenientes. Ya no podrá cambiarla, no puede hacer otra cosa que amarla⁶⁵.

En boxeo, se diría: K. O.

Ama de la historia. No podríamos entender la increíble ligereza o mejor dicho el desdén, el desprecio con que Sidonie Csillag recibe la invasión bárbara de Austria, con el riesgo considerable que ella sabe que corre y sin embargo decidiendo que eso no le concierne, dado que nunca nadie podía considerarla

⁶⁵ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 175.

como judía desde el momento en que ella misma no lo admitía, si olvidásemos que pretendía estar por encima de cualquier control [*maîtrise*] de su destino, en particular la elección de su lugar de vida, contra lo cual ningún Hitler podría atentar alguna vez⁶⁶. Ella misma ofrece la fórmula de su dominio, que el contexto político de entonces vuelve excesivo, una fórmula que deja a su hermano “estupefacto”, sorprendido por su violencia: “No se la pegarán”⁶⁷. En efecto, a un amo no se la pegan. “Ella no se dejará etiquetar como si formara parte de ‘esa gente’”⁶⁸. Y además, justo antes del último minuto en que se decide a abandonar Viena, está su rechazo a recurrir a las organizaciones:

Es una mujer libre, que no se deja dictar nada por nadie y que decide ella misma lo que hace y cuándo lo hace⁶⁹.

Ama de Freud. Un amo no se analiza. Un amo no podría prestarse a los imprevistos a veces desconcertantes de la libre asociación, donde “lo que yo quiero decir” ya no es lo que regula la palabra. En referencia a la formalización lacaniana de cuatro discursos, diríamos: un amo usa el significante justamente llamado “amo” [*maître*] en una posición de agente de su discurso; un amo no podría admitir que un objeto *petit a* pueda ocupar el sitio de agente. Plantearse la

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 212-215. Sidonie Csillag, al igual que Freud, dice que Viena es su patria, que no la abandonará por nada. Ambos la abandonan en el último extremo.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 162.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 218.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 240.

cuestión acerca de si un psicoanálisis era posible para ella en el momento en que su padre la conduce ante Freud, cualquiera sea la respuesta que uno se disponga a dar, *ya* significa desconocer su posición. Claramente, acostada en el diván de Freud, Sidonie Csillag sigue siendo un amo. Ella se calla⁷⁰; y en la relación de fuerza que había signado su encuentro desde un principio, sin poder más, Freud cede, planteándole una pregunta a fin de volver a impulsar su palabra, con lo cual la demanda pasa del lado de Freud⁷¹ (un error técnico que no hace sino confirmar otro, capital: haber aceptado a la muchacha en análisis⁷² en lugar de su padre que, sin embargo, era el único que pedía análisis; no cabe dudas de que si Sigmund Freud le hubiese propuesto al padre tomarlo en análisis y se hubiera mantenido firme, cualquiera fuera la respuesta del

⁷⁰ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 44.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 388-389.

⁷² Me han hecho notar que, según sus propios términos, Freud no les creó expectativas a los padres en lo concerniente al "cumplimiento de su deseo" de que su hija volviera a la normalidad. Pero, ¿cuál sería ese deseo único de dos padres combinados de tal modo? También me dirán que Freud habla de "exploración analítica" y no de "tratamiento". Pero aparte del hecho de que sitúa, precisamente en el artículo en que relata el "caso", "la construcción de la génesis de su mal" como primera fase *del análisis* (es la teoría de la práctica psicoanalítica como difásica, que implica un tiempo de preparación y un tiempo de ejecución, una teoría que no podría admitir de ningún modo Lacan, y que remite a las propias fobias de Freud, vía de la metáfora del viaje que expone al respecto), indica además, inmediatamente antes de haber enunciado reservas sobre un "tratamiento", que por amor a sus padres la muchacha "quería poner manos a la obra en un intento de *transformación*". ¿Se trataba pues de eso, *a pesar de todo* (algo que Lacan no refutará)? Pero sobre todo Freud acuesta a la joven en su diván, es un hecho. Y podemos imaginar que las reservas que transcribe muy probablemente *después* de haber decidido ponerle término a las sesiones con la joven no hubieran sido tal como las leemos si el tratamiento hubiese resultado de otro modo.

padre, Freud habría adquirido la estima de Sidonie Csillag; mientras que jugando el juego de su padre, con buenas razones es tratado por ella como un "cretino" –más adelante veremos qué alcance podemos darle a esa injuria–. Así, en el silencio al que obliga la situación analítica, y aun entrando educadamente en el juego de suministrarle a Freud algunas declaraciones suplementarias como se les da a los empleados domésticos las sobras de la comida, a fin de que la dejara en paz, y también a fin de no evocar el tema candente, es decir, a Léonie von Puttkamer⁷³, ella demostraría en acto que conservaba el dominio de la situación "psicoanalítica".

Ama de su sexualidad. Sidonie Csillag habría mantenido su dominio sobre lo que nosotros llamamos su "sexualidad" de la manera más firme posible, vale decir, aferrándose a una relación con dicha sexualidad que se formula simplemente en algunas palabras exclamativas: "¡Nada de eso!" De modo que ni siquiera tiene que verse enfrentada a la prohibición del *katapugon*, límite perceptible de la sexualidad del amo, lugar de su destitución como amo⁷⁴.

Con asco, detrás del cual se asoma un dejo de tristeza, ella habla del amor físico. Sabe que gran parte del goce le ha resultado inaccesible. ¿Cómo se había expresado el médico que la había atendido en el hospital de Wiener Neustadt luego de

⁷³ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 64.

⁷⁴ Jean Allouch, *El sexo del amo. El erotismo desde Lacan*, Córdoba, Ediciones Literales, 2001.

su tercera tentativa de suicidio, cuando la bala no había atravesado su corazón más que por dos centímetros? Él comprendía cuál era su problema. "Usted es una típica asexuada", le había dicho, y ella no pudo dejar de suscribir a ese juicio. [...] ¡Qué horrible le parecía el lugar oscuro y la "cosa" amenazante entre las piernas de los hombres! ¡Y qué angustiante, aunque a pesar de todo un poco mejor, la zona húmeda en las mujeres! ¡Qué repugnante una lengua dentro de una boca!

¿Acaso sería forzar demasiado las cosas concluir que en Sidonie Csillag esa relación con el goce, ese rechazo radical⁷⁵ equivalía a un síntoma⁷⁶? ¿Y que habría allí un motivo para una demanda de análisis proveniente de ella —como le sucede más a menudo de lo que se cree a alguien que al fin puede saber, al término de su vida, es decir, demasiado tarde, cuál es el rasgo sintomático que en efecto hubiera merecido ser tratado por el análisis para hacer que esa vida fuera algo menos extraviada? Pues bien, sí, pronunciar al respecto el pesado término de "síntoma" estaría fuera de foco. Quien haya leído la obra de Ines Rieder y Diana Voigt no podrá dejar de apostar que, si tuviera que volver a empezar, Sidonie Csillag repetiría su rechazo del coger, por la sencilla razón de que tal rechazo se ajusta perfectamente a su dominio de sí.

⁷⁵ La única excepción es su aventura con Marie-Louise. Pero la excepción confirma la regla: no ama a Marie-Louise, no está celosa; además fue Marie-Louise, a quien ella no considera especialmente hermosa, quien la "buscó".

⁷⁶ Puede llegar a acariciar; pero de ningún modo a ser acariciada (véase por ejemplo p. 157).

Ama de sus animales domésticos. Tal vez en ningún otro orden mejor que con sus animales domésticos Sidonie Csillag realizaría con mayor felicidad su posición de amo. La muerte de uno de ellos la sume en un duelo muy serio; y también se recordará que con el afecto a un perro va a chocar y finalmente a fracasar el afecto hacia Wjera, la segunda, según nos dice, de las tres amadas más notables de su existencia, pues al ver que Sidonie Csillag trata a su perro Petzi "más como a un amante que como a un animal doméstico", Wjera, sin poder más, la conmina a elegir entre ella y su perro. Debido a su rechazo, Wjera la dejará definitivamente poco después. Petzi fue el compañero de Sidonie Csillag desde 1940 hasta 1955⁷⁷.

Por más dolorosa que fuera para Sidonie Csillag, esa ruptura no dejaba de ser el resultado de una estrategia suya: en su relación con Wjera, utilizaba la presencia de Petzi como un impedimento real desde el momento en que dicha relación, cuando se volvía carnal, no dejaba de suscitar en ella un asco difícilmente superable y luego insuperable⁷⁸. Sucede que la relación debía mantenerse en un registro que era aquel donde Sidonie Csillag ejercía ejemplarmente y de manera excelsa su dominio, en el registro del amor.

⁷⁷ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 334. Una página de la obra está dedicada a Petzi y a las relaciones a veces difíciles que las amigas de Sidonie Csillag mantienen con su "gran amor". Petzi es temido, y además puede morder cuando por descuido le pisan la cola. Sidonie Csillag también. Durante quince años, Petzi habría sido su "compañero más importante", escriben Ines Rieder y Diana Voigt. Agreguemos que ésta última también tenía un perro y que el perro estaba presente la primera vez que ella le presentó Ines Rieder a Sidonie Csillag.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 328, pp. 332-334.

Sidonie Csillag en efecto era un amo, pero de una clase particular, un amo [*maitre*]* decidido a ofrecer algo que merece plenamente ser llamado una *enseñanza*. Ella da lo que llamaría, sirviéndome de un título de Ingmar Bergman, *una lección de amor*.

UNA LECCIÓN DE AMOR

¿A quién se dirige esa lección de amor? ¿A su padre, como se ve tentado a pensar un freudiano, como parece confirmarlo Lacan? ¿A su madre, como ella misma parece sugerirlo? Pero responder de ese modo significaría enredarnos en el psicologismo, desembarazarnos del asunto demasiado rápidamente, sería como no ver lo que después de todo tenemos ante los ojos, es decir, el libro que verdaderamente está dirigido a todo aquel que lo lea. No hay razón alguna para atribuirle menos ambiciones a la enseñanza de Sidonie Csillag que a la de Jacques Lacan o de Buda. Su destinatario, como para toda enseñanza digna de tal nombre (incluyendo pues las que juegan con la diferencia esotérica/exotérica), es "cualquiera".

¿En qué consiste su lección de amor? Podrá advertirse señalando que hay una misma *configuración* en funcionamiento cuando se trata de las tres amadas más importantes (y algunas otras). Y nada expresa mejor dicha configuración que el instante del encuentro amoroso, el instante del enamoramiento.

Léonie von Puttkamer. Veamos pues su primer gran amor, ese fabuloso personaje de prostituta noble: Léo-

* Recordemos que entre las acepciones de *maitre* también figura "maestro" [T.].

nie von Puttkamer. Sidonie Csillag tiene diecisiete años; de paseo con su camarada Xenia Afenduli, se encuentra con una pareja de amigas que caminan con los brazos entrelazados, e inmediatamente se enamora de una de ellas "mientras que juzga a la otra gorda y fea⁷⁹". Unas palabras de Xenia Afenduli referidas a esa pareja de amigas que han visto la pondrán por primera vez al tanto, dándole un nombre que se supone que designa la atracción que ella siempre ha sentido por las mujeres. Sutilmente, no les dice cuál era ese nombre a las dos amigas que la entrevistan. Pero, ¿acaso esa sutileza les corresponde a sus dos interlocutoras? Lo cierto es que está presente.

Ese rasgo: *enamorarse de una de las dos mujeres de una pareja de mujeres*, ¿acaso es fortuito, como un término excepcional al que no habría que concederle ningún otro alcance? La continuación nos dirá que no. Una continuación en la que podemos incluir su último encuentro: la amiga de Léonie von Puttkamer, al sorprender a las dos mujeres abrazadas, amenaza a su rival con denunciarla a la Gestapo⁸⁰. Y esta vez será Sidonie Csillag, cediendo al chantaje, quien se verá forzada a desaparecer.

Wjera Fechheimer. Se enamora de ella cuando la ve aparecer, durante una recepción, justo detrás de otra mujer con la cual había entrado. Su belleza le impacta, tal como la conmoviera de inmediato la belleza de Léonie von Puttkamer. Para conquistarla, pondrá en práctica las mismas estratagemas. Y la otra mujer, que en

⁷⁹ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 17.

⁸⁰ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 246.

esta ocasión es la madre de la amada, tardará seis meses en comprender que el interés que manifiesta Sidonie Csillag no se dirige a ella, sino a su hija. Cuando finalmente, durante una cena, ella abraza apasionadamente a Wjera, ésta le responde, falsamente dubitativa (sabe que Sidonie Csillag está casada): "¿Cómo puedes hacerle esto a tu marido?". Lo que provoca esta irrefutable respuesta: "Él tiene a la mujer que ama. Yo no.". Ya hemos dicho en qué punto se produjo la ruptura del amor por Wjera.

A veces no es una cosa tan simple contar cuántos amores tiene alguien en una vida. Tal vez parezca sorprendente que no mencione ahora lo que la misma Sidonie Csillag presenta como su tercer "gran amor" (su propia lista estaba integrada entonces por tres), es decir, a Monique, de quien se enamora apenas la ve aparecer, tan hermosa, durante una recepción (ella tiene setenta años y Monique cincuenta). Pero ese amor fue tan etéreo, tan idealizado, prescindiendo tan fácilmente de toda manifestación que provenga de la amada, que tal vez no sea pertinente tomar en sentido literal la declaración de amor que le escribe, llamándola en esa carta su "último gran amor". Como todas las declaraciones de Sidonie Csillag, ésta también es *estratégica*. En seguida veremos que la posición excepcional de Monique dentro de los amores de Sidonie Csillag, que ese amor que no responde a la configuración antes mencionada (expulsar y ocupar el lugar de una de las dos amadas de la pareja), que la idolatría de la que es objeto Monique habrían permitido que fuera formulada de manera más precisa la lección de amor de Sidonie Csillag.

Sin embargo, con una mujer llamada Dora dicha configuración se presenta una vez más. Dora mantie-

ne “una estrecha amistad” con una aristócrata, algo que le interesa “sobremanera” a Sidonie Csillag. También en este caso, puede percibirse el amor como veneración, a tal punto que la ruptura sobreviene cuando Dora desgraciadamente rechaza el signo de la veneración por excelencia que le ofrece Sidonie Csillag, o sea orquídeas. Dora le pide a su florista que le cambie las orquídeas que ha recibido por tulipanes; al saberlo, Sidonie Csillag rompe de inmediato la relación.

Ines Rieder y Diana Voigt. Para mí resulta más sorprendente el último encuentro con dos amigas, las autoras a quienes debemos la posibilidad de leer la lección de amor de Sidonie Csillag (que tiene entonces noventa y seis años). Gracias a sus preguntas, el libro anunciado a Monique podrá ser escrito (aunque por supuesto no será por completo el mismo). Y su lección podrá ser transmitida. La configuración de tres mujeres vuelve a hallarse funcionando por última vez, pero en adelante de manera “apaciguada”⁸¹; para Sidonie ya no se trata de ocupar

⁸¹ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 377. “Apaciguada”... con la condición de que sea respetada. Lo cual se vio confirmado con motivo del viaje de Ines Rieder a Francia para la publicación de la obra. El 18 de enero de 2004, recibí en efecto un incendiario e-mail de Diana Voigt que decía: “I have to tell you that I am very unhappy, disappointed and even angry regarding the ongoings around the presentation of our book in France. I had a very tight fall with many difficult personal issues to take care of, then I was the last month travelling in South America, thus I could unfortunately not take care of anything around Sidonie in France, and Ines had to step in. [...] With my return two days ago (16.1.) I had to learn that everything was settled and the entire France presentation will be made without me! This is entirely disrespectful and offending towards me! [...] Fortunately Sidonie's life began to spread out in the world. Now in the french world which is (or could have been) a great joy and satisfaction for me. But... This book had been

el lugar de una de las dos mujeres, con lo cual la lección de amor a la que había consagrado su vida, que esa vida ejemplifica, va a poder expresarse de una manera que la hace más entendible para cualquiera. El tercero excluido, pero invitado a recibir la lección, es en adelante cada lector de la obra producida así por tres mujeres o, mejor dicho, dos más una.

¿Qué les indica a ellas que supone que pueden entender? Que

la única relación que aparentemente nunca pudo resolver es la relación con Wjera. Esa mujer, que tal vez haya sido su único verdadero amor, está presente sin cesar en sus pensamientos. Muy frecuentemente Sido repite la frase: "No pasa un día sin que piense en ella"⁸².

De allí la importancia del obstáculo con que tropieza ese amor, o sea Petzi. No podría haber semejante incompatibilidad entre "el amor Petzi" y "el amor Wjera", estos dos amores no podrían presentarse

researched and written by *two* authors, it is a project of friendship and enthousiasm! I am not accepting your attitude to divide us as authors and to act out a sense of saving money and a rigid timetable towards me. If a book had been made by two persons both persons *have to be invited* to present the work, there is no option to save money in this case! Everything else is like a violation of the Work and Copyright of the one author left out! Plus you have to respect and take care of the time schedule of both authors." (Los subrayados corresponden a Diana Voigt.) Informada del carácter imperativo de los compromisos asumidos, y debidamente invitada ella también, Diana Voigt podía responder: "I am sure Ines will be a wonderful voice of the author's team and can tell everything of the long history of this project". Podemos comprobarlo: no era cuestión de que por un instante surgiera la idea de que el libro hubiera podido ser escrito sino por *dos* mujeres.

⁸² I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 393.

como ligados entre sí mediante el *vel* excluyente de los lógicos –ratificando lo real de la ruptura del amor Wjera– sino en la medida en que dependían de un mismo registro, en cuanto eran del mismo orden. Al quedar triunfante y por encima de todo, el amor Petzi indica de qué se trata, expresa el contenido de la lección de amor: amar a alguna (¿alguien?) es convertirse en su perro⁸³: estar siempre allí, fiel en la espera, bailar de alegría cuando llega, hacerse presente al menor de sus llamados, seguirlo dócilmente, sentarse a sus pies, estremecerse de placer con sus caricias no eróticas, manifestarle una devoción sin fisuras, indicarle que no está solo en el mundo.

¿Ese amor perro beneficiaría al patriarcado? ¿La conjunción dentro de la casa de las dos figuras del padre y del amo? La pregunta se plantea al leer estas afirmaciones de Thomas Mann (uno de los autores favoritos de Freud):

Hay en el perro un instinto patriarcal de muy antiguo origen y que lo determina, al menos en las razas más viriles, las que viven al aire libre, a ver y a reverenciar en el hombre, en el jefe de la familia y de la casa, al amo absoluto, el protector del hogar, el jefe, poniendo la dignidad de su vida en cierta relación de obediencia amistosa y devota, y conservando con respecto a los demás miembros de la familia una independencia mucho mayor⁸⁴.

⁸³ Cuando Sidonie Csillag espía a Léonie von Puttkamer desde su cabina telefónica, poco antes de hacer un primer gesto hacia ella, ¿qué es lo que ve? A la baronesa, "frecuentemente acompañada de un gran perro ovejero", *ibid.*, p. 20.

⁸⁴ Thomas Mann, *Señor y perro (Herr und Hund)*.

El amor de su perro le brinda al amo la efectividad de un instinto *domesticado*. El amor perro es tranquilizador; satisface al “principio de placer”. Es sabido, en el Freud de la segunda tónica, la importancia de la domesticación de las pulsiones. ¿Será sobre todo por eso que no habría un amor más bello que el de un perro?

Es preciso en este caso invertir el proverbio y decir: “De tal perro, tal amo*”.

De lo cual se deduce la proposición: “Un amo es amable”. El amor del perro hace lucir amable al amo (lo que por lo tanto, como podemos sospechar, no resulta obvio). De lo cual se deduce, al ser también un amo Sidonie Csillag, el carácter narcisista de sus amores. Claro que esta proposición confirma lo que expone el psicoanálisis con respecto al amor; pero no deja de ser cierto que conviene entenderlo en función de la rectificación que le imprime Lacan al narcisismo amoroso percibido en adelante como un modo de acceso al ser. El acceso narcisista de Sidonie Csillag a su ser pasa en primer lugar por Léonie von Puttkamer, lo que se inscribe simbólicamente en la elección de su nombre de pila: SidONIE/LéONIE, una elección precisamente “simbólica” (en el sentido en que el significante es borramiento de la huella, no en el sentido de un supuesto “orden simbólico”) en la medida en que será borrada por el uso del diminutivo “Sido”. “Csillag”: “estrella”, “astro”. Con su vida, Sidonie Csillag nos ofrece una iluminación sobre el amor.

Excluido pero no muy lejos, el tercero es invitado a escuchar: “Mira cómo se ama a una mujer. Mira cómo ama una mujer: como un perro.” Un perro que

* Traducimos literalmente. El autor se refiere a un refrán cuyo sentido en español se acercaría a “de tal palo, tal astilla” [T.].

no deja de seguir siendo un perro porque se transforma ocasionalmente en caballero galante.

Por su aspecto escandaloso, o tal vez solamente escabroso, sin duda que esa lección no podía ser dicha tan abiertamente; antes bien, y sobre todo, para ser mejor expresada, con más fuerza, hela aquí puesta en práctica, el amor que de pronto se ve marcado con el rasgo de la ejemplaridad, constituido como un amor "para el ejemplo"⁸⁵. Salvo en el caso, a excepción del amor por Monique donde la aparente ausencia de un tercero (aunque Monique tiene un perro, llamado Fifí) permite que la perrería amorosa se diga explícitamente

⁸⁵ Título de otra célebre película dirigida por Joseph Losey. Pero también es un rasgo mediante el cual Sidonie Csillag confirmaría la aproximación que hiciera Lacan entre su amor hacia Léonic von Puttkamer (que sólo conoció como "la dama") y el amor cortés. En su *De arte amandi*, André Le Chapelain pone en escena a un "caballero bretón" (sin otro nombre) que se dirige a la corte del rey Arturo a fin de llevarle a la dama de sus pensamientos "el halcón victorioso". El caballero bretón afrontará muchas pruebas, pero una vez superada la última, gracias a la cual obtiene el derecho de apoderarse del halcón (así como de dos perros que están cerca de ese halcón, de donde surge nuestra pregunta: ¿se trata de un desplazamiento metonímico, se trataría de adueñarse de los perros?) sin despertar la hostilidad de los caballeros de la corte. En el momento de hacerlo, ve un pergamino, pregunta de qué se trata y se entera de que en él están escritas las reglas del amor que el mismo rey Arturo ha dictado para los amantes. Le informan que debe comunicar dichas reglas a los enamorados si quiere llevarse en paz el halcón. Vale decir, la realización de su amor por la dama no se efectúa si él mismo no se vuelve portavoz de esas reglas que su amor va a respetar. Jean Markale, quien presenta esas reglas en una perspectiva antropológica jungiana (*El amor cortés o la pareja infernal*, París, Imago, 1987), menciona también, en su capítulo "La ley del amor", el primer libro del *De arte amandi*, donde se dictan los trece preceptos de amor. Amar es formar parte de una cofradía. La "caballería de amor", hoy diríamos de una "comunidad". No se ama de cualquier manera en la medida en que ese mismo amor tiene que ver con una comunidad. Recíprocamente: ¿no residiría una de las raíces comunitaristas en la elección de una determinada figura del amor?

te, o mejor dicho que se escriba⁸⁶ (Lacan sólo consideraba como seria la carta de amor y no la charlatanería amorosa):

Me gustaría estar en el lugar de Fifi: estar sentada a su lado, poner mi cabeza en sus rodillas. Si yo fuera Fifi, usted acariciaría con su delicada mano... ¡¡¡¡¡¡¡¡Pero por desgracia no soy Fifi!!!!!!!

Los ocho signos de exclamación que puntúan esta declaración de amor señalan la sensación, al decirlo, de un discreto quiebre de la barrera del pudor, expresando la revelación de su contenido. Amar como ama un perro es saber amar; es comportarse como amo. El perro se muestra como amo del amo, al igual que se ha podido decir que el hijo es el padre de su padre, ya que por su misma existencia lo convirtió en tal (de donde surge la costumbre de ponerle el nombre de pila de uno de sus abuelos). Sin embargo, para los lacanianos sería erróneo entender ese señorío [*maîtrise*] del perro como una permutación de roles que señala la incidencia de un fantasma ($\$ \diamond a$). En el discurso del amo, no hay precisamente el menor fantasma, lo que Lacan se tomó el trabajo de aclarar colocando una cuña entre las letras y el *petit a* en la escritura formal de ese discurso:

$$\frac{S_1}{\$} \quad \xrightarrow{\Lambda} \quad \frac{S_2}{a}$$

⁸⁶ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 373.

Y nada es más exacto que el uso intransitivo del “usted acariciaría...”. ¿Acaso sería una pierna o, como lo sugieren la frase y la ideología de la reciprocidad amorosa, una rodilla? Pero para Sidonie Csillag la pierna no es una zona erógena; les aclara eso a Ines Rieder y Diana Voigt: “[...] las piernas son neutras”⁸⁷. Y sobre todo colocar cualquier complemento de objeto después del “usted acariciaría...” sería maltratar el texto de esa carta de amor. Ninguna *carne* está allí ofrecida a la caricia cuando un amo acaricia a su perro. Y la reacción que su amo espera de él no es el goce del Otro, aunque tampoco del orden de un *Vorlust* (Freud), de un creciente goce preliminar, sino simplemente de placer, de contento.

La preciosa indicación: “las piernas son neutras”, permite medir el exacto alcance del episodio del tren⁸⁸. Dormida, Sidonie Csillag siente de pronto una mano sobre su rodilla, deseando que esa mano, que no quiere saber a quién pertenece, hombre o mujer, se quede allí, sobre su muslo. Todo suena exacto en ese relato: se trata de la mano de un amo, ni masculina ni femenina, un puro acto de señorío [*maîtrise*] (puro porque concierne a una desconocida, porque ninguna historia supuestamente común la prepara ni la justifica), que le procura un inigualable sentimiento de felicidad. Sidonie Csillag o la erótica hecha dominio [*maîtrise*].

¿Qué psicoanalista se ha interesado en el amor de un animal? Sin embargo hay millones, particularmente en Francia, que aman así, algunos llegan incluso a asegurarnos que no hay un amor más conmovedor, más satisfactorio, más apacible, más seguro. A me-

⁸⁷ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 172.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 295-296.

diados de los años sesenta del siglo pasado, en los Estados Unidos se gastaron tres millones de dólares en los animales domésticos. Actualmente, rondan los seis millones, según me informa Ines Rieder.

Hay muchos perros en las lujosas fotos reproducidas en la obra de Diana Voigt e Ines Rieder: catorce exactamente. ¿Tantos como tuvieron los Freud? Hubo un pastor alemán regalado por su padre a Anna Wolf; Lün, regalo de Dorothy Burtlingham a Sigmund Freud, una pequinuesa que fue buscada durante tres días luego de que Eva Rosenfeld la dejara escapar en la estación de Salzburgo y que encontraron atropellada, acerca de la cual Anna Freud escribió: "Tomamos a la pequeña Lün tan en serio en la muerte como en la vida"⁸⁹. Pero para nosotros resulta aún más extraña la práctica en la casa Freud de ponerle un mismo nombre (Lün, en especial) a otro (¿a varios⁹⁰?) pequinés por venir⁹¹. ¿En qué se convierte la problemática freudiana denominada del objeto sustitutivo desde el momento en que varios cuerpos vivos, mortales, se hallan subsumidos bajo un mismo nombre? ¿En qué se convierte el duelo freudiano teniendo en cuenta se-

⁸⁹ A. Freud, *Cartas a Eva Rosenfeld*, op. cit., p. 158. En su carta a Eva Rosenfeld del 24 de mayo de 1930, Anna le confiará a su amiga que sus perros "le hacen mucha falta" a su papá. En esa carta, ella se identifica clara y explícitamente como un perro. La carta, en efecto, empieza así: "El único perro que tenemos aquí es el que evoca mi humor desde el comienzo de la semana [por lo tanto: un "humor de perros"]. Luego me di cuenta de pronto que no traía ningún provecho; ahora me remonto hacia las especies animales superiores, y de nuevo me he vuelto casi humana."

⁹⁰ Otro pequinés se llamaba Jofi (*ibid.*, p. 258). Varios pequinéses habrían sido llamados Jofi: "lindo" en hebreo.

⁹¹ A. Freud, *Cartas a Eva Rosenfeld*, op. cit., p. 251, carta 52 del 25 de agosto de 1932, donde se lee: "Lün se encarga de serenarnos y nos reconforta después del trabajo."

mejante práctica? ¿Podemos releer en adelante “Duelo y melancolía” desconociéndola? Al leer la correspondencia de Anna Freud con Eva Rosenfeld, eso parece quedar excluido. ¿Qué hacen pues todos esos perros junto a los Freud, Sigmund y Anna?

Sigmund Freud se convirtió en perro mucho antes de asumir el papel de *pater familias* en una casa de perros. ¿Sabía que entonces se ponía los hábitos, o más bien la piel velluda de Diógenes el cínico (*ky-nikos*) paseándose como un perro (*kyon*) por las calles de Atenas⁹²? Sus cartas a Eduard Silberstein, su amigo de juventud, están firmadas por Cipión, mientras que el amigo, en esa “académica” comunidad de dos adolescentes, es llamado Berganza⁹³. La *Academia española* (A. E.), también designada como *Spanische Sprach-Schule* (SSS, y reconocamos allí, sin estremecernos, a nuestro Sujeto Supuesto Saber: SsS, que se puede situar imaginariamente bajo la figura del “perro sabio”), fue la primera institución creada por Freud, de alguna manera un bosquejo de la IPA. Los dos amigos tomaron sus nombres de Cervantes,

⁹² “Durante una comida, le arrojaban huesos como a un perro; entonces, acercándose a los comensales, les orinó encima como un perro.” ¿Acaso fue debido a tales réplicas (de las que Diógenes Laercio nos ofrece una cantidad) que Platón llegó a decir de él: “Es un Sócrates que se volvió loco”? Diógenes Laercio (*Vida, doctrinas y sentencias de los filósofos más ilustres*, traducción, noticias y notas de Robert Genaille, París, Garnier Flammarion, 1965).

⁹³ S. Freud, *Cartas de juventud*, traducidas del alemán por Cornelius Heim, París, Gallimard, 1990. En seguida se verá que “traducidas del alemán”, que equivale a un error de hecho ya que una parte del texto está escrito en español, por desgracia no deja de ser demasiado cierto. [Otra versión en español en: *Correspondencia de S. Freud*, Madrid, T.I, Biblioteca Nueva, 1997. “En castellano en el original. Se respetan todos los errores ortográficos”, (nota p. 104)] [N. de E.]

de dos cuentos que se continúan: “El casamiento engañoso” y “Coloquio de los perros”⁹⁴:

COLOQUIO DE LOS PERROS



En la introducción a su correspondencia (aunque sólo se han conservado y publicado las cartas de Sigmund), Walter Boehlich observa que Freud no habría leído más que una parte del “Coloquio de los perros” (se califica como “perro del hospital de Sevilla” cuando se trata del de Valladolid, aunque varios episodios de la vida de Berganza —¿de quien habría leído a

⁹⁴ Miguel de Cervantes Saavedra, *Novelas ejemplares*, Bogotá, editorial Panamérica, 2002. La imagen reproducida fue tomada de esta edición, que a su vez reproduce una ilustración de la primera edición. Para una edición crítica, establecida a partir del texto de la primera edición (1613) y que procura ayudar al lector con las dificultades del español antiguo, véase: edición de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Biblioteca Austral, Barcelona, Espasa Calpe, 2001.

Freud?— sí tienen lugar en Sevilla, una ciudad de costumbres tan depravadas en aquella época que también se la denominaba como la nueva Babilonia). No obstante, la analogía de ese coloquio singular entre dos perros con el dispositivo psicoanalítico no puede pasar desapercibida. Como lo harán Sigmund y Eduard, en Cervantes los personajes de Cipión y Berganza tienen mucho cuidado para mantener sus intercambios a salvo de la presencia de un tercero (*Perro advierte primero si nos oye alguno*⁹⁵) y se reparten los papeles: uno contará su vida, el otro escuchará, aunque activamente (Berganza: [...] *y si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende o manda que calle*. Cipión: [...] *te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario* *). Por cierto, al comienzo del coloquio, se considera una inversión de los papeles, con lo cual el intercambio canino se volvería recíproco⁹⁶; pero sin embargo eso no ocurrirá —otro rasgo en común con el dispositivo psicoanalítico. Y se presenta un cuarto rasgo, que sin embargo es más difícil de aislar. Se trata de la relación con el lenguaje, esa relación que se machaca y que así se pierde al definir al ser humano como ser (o sujeto) hablante. Como si hablar fuera natural, fuese obvio, perteneciera sin esfuerzo alguno a la esencia del hombre. ¿No es acaso evidente? Identificarse como perro ofrece la gran ventaja de desesta-

* Página 271 de la edición de Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas.

* Conservamos el subrayado que indica que las citas están en español en el original [T].

* La afirmación de Serge Gainsbourg: "Quien pasea a su perro está al final de la correa", tampoco implica ninguna reciprocidad necesaria. No dice, en su maravillosa ambigüedad, que el final de la correa sea el que tiene en sus manos aquel que pasea a su perro.

bilizar ese lugar común (a lo que se dedicaba Lacan cuando decía que tomar la palabra era un acto y de los más difíciles). A decir verdad, el "Coloquio de los perros" pareciera de punta a punta una meditación suscitada por el asombro que despierta en Cervantes el habla como tal. Dicha meditación llega incluso a plantear esta pregunta al designar lo que sería la "escena primitiva" del advenimiento del habla: ¿tendría éste su origen, si no su razón, en una madre que hubiera sido bruja? ¿De la cual el hijo perro sería un niño humano metamorfoseado? Señalemos aquí el escaso interés que ha mostrado el psicoanálisis lacaniano hasta ahora por ese modo de subjetivación que se ha denominado "metamorfosis", al parecer suponiendo que nada allí es susceptible de revelarse como perteneciente a un orden diferente del orden del significante.

Al comienzo del "Coloquio de los perros", éstos se interrogan. Se descubren hablando y reciben el acontecimiento como un milagro:

BERGANZA. —Cipión hermano, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa por los términos de naturaleza.

CIPIÓN. —Así es la verdad, Berganza; y viene a ser mayor ese milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional⁹⁷.

⁹⁷ M. de Cervantes Saavedra, *Novelas ejemplares...*, op. cit., p. 268.

Hablar es inaudito. Al hablar, un perro no puede ignorarlo. Tampoco puede ignorar, una cosa implica la otra, que aun hablando no se vuelve por ello un "animal racional", o sea un hombre. Por otra parte, tampoco el hombre, pues su lenguaje le abre ampliamente las puertas de la sinrazón —algo que olvida su definición como "animal racional". En el mejor de los casos, el hombre puede reivindicar lo que Berganza le responde a las palabras de Cipión que se acaban de leer (su régimen lógico es el del "no todo" lacaniano):

[...] tenemos un no sé qué de entendimiento capaz de discurso.

Contra el uso editorial, me niego a colocar en francés estas frases, poniendo así en evidencia la cólera que me invade desde que puedo sospechar (faltan datos) que las palabras de Freud en español han sido maltratadas. El español del adolescente Sigmund Freud, *alias* Cipión, es la lengua de la intimidad, el secreto compartido, la poesía, también aquella en que uno puede autorizarse a crear palabras, en particular hispanizando de la manera que fuera términos latinos, franceses, términos provenientes de otras lenguas sin sentirse obligado a corregir la invención con la ayuda de ese órgano normalizador de las lenguas que llamamos "diccionario". El español de Sigmund Freud es esa lengua donde van a ser depositados numerosos juegos translingüísticos, también la lengua en que se dice el primer amor (Gisela). Y más gravemente, más desastrosamente es la lengua cuyo abandono instaura una nueva era "que no necesita ninguna poesía,

ninguna fantasía⁹⁸". ¿Y cómo trata Walter Boehlich a esa lengua cuando se procura traducirla al alemán (y sin vacilar vendrá luego el francés)? Considerándola "muy poco correcta", sin presentar "siempre un sentido unívoco", donde para él se muestra que a Freud le faltan palabras, el editor alemán decide no intentar "traducir el mal español de Freud". Declara, en aras de nuestro propio bien, que "la traducción literal hubiera sido la solución más fácil, pero le hubiese dado al texto de Freud una apariencia de farfulleo, dejándole al lector el trabajo de captar el sentido de una expresión incierta". ¿Habrá que agradecerle por haber borrado así la dimensión propiamente significativa de esas cartas de Freud, la perrería de su relación de entonces, cervantesca, con el lenguaje⁹⁹?

Como puede esperarse, en ese "Coloquio" se trata del amor perro, un amor ejemplar en cuanto a la fidelidad. La escultura de un perro, refiere Cipión a Berganza, figura sobre los sepulcros junto a las estatuas de alabastro que representan al marido y a la mujer;

⁹⁸ Citado sin una referencia precisa por W. Boehlich en su "Introducción" a S. Freud, *Cartas de juventud*, op. cit., p. 25.

⁹⁹ Los hispanohablantes son más afortunados: *Hay que señalar como particularidad de la edición española que es la única que confronta al lector directamente con las asperezas del peculiar castellano de Freud. En las traducciones inglesa, francesa e italiana los pasajes castellanos van acompañados de, o están sustituidos por las traducciones basadas en la reconstrucción alemana de estos pasajes, realizada con gran sensibilidad por el editor alemán, Walter Boehlich, y que devuelve a estos textos la fluidez y elegancia características del estilo de Freud. No parecía procedente presentar dos versiones castellanas, la propia de Freud y otra elegante, para usar la expresión de Walter Boehlich, pero en sentido inverso, creo que el lector español sí debe, y puede perfectamente, hacerse cargo del trabajo de comprender el castellano de Freud. De hecho, las expresiones realmente enigmáticas son muy escasas.* (Ángela Ackermann Pilári, Sigmund Freud, *Cartas de juventud*, Barcelona, Gedisa, 1992).

está para señalar la inalterable amistad que los unía en vida. Y Berganza le responderá que hubo perros que murieron con sus amos arrojándose al fuego que los consumía, o murieron de hambre al no poder apartarse de sus tumbas.

Amar, ser amado(a) como un perro excluye todo contacto propiamente erótico (no hay otro, nada más maravillosamente erótico que el contacto de la mano del amo). Y no podemos sino sorprendernos por la estricta sumisión de Sidonie Csillag a la prohibición que está actuando aquí, sobre el bestialismo, sobre una relación carnal que rompería la barrera de las especies. Su “¡nada de eso!” se revela del todo correcto, si el amor que ella nos enseña es en verdad el que yo digo. Y también nos sorprende (a no ser por sus posiciones políticas conservadoras) la conformidad entre su sumisión a la prohibición del bestialismo y la ley austríaca de la época, que bajo una misma condena asociaba “relaciones lesbianas”¹⁰⁰ y zoofilia.

La única infracción de esa prohibición en toda la obra es el divertido pasaje de los dos pececitos. Esa vez fue Léonie von Puttkamer quien se comportó como Sidonie Csillag, enamorándose de una mujer que integraba una pareja lesbiana. Léonie von Puttkamer “sabía mimar a su nueva ama”, Carola Horn. Léonie von Puttkamer no tiene ninguna lección de amor que ofrecer a nadie, de modo que las dos mujeres pueden vivir “noches tempestuosas”, presentadas por la ma-

¹⁰⁰ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 78. Llegado el caso se pueden usar en contra de alguien (en particular, Léonie von Puttkamer) rumores referidos a relaciones sodomitas con un perro (*ibid.*, p. 118. El dominio hace uso de todos los medios, también del chantaje, en ocasiones, que el no condena.

ñana en forma de relatos a Gisela Spira, la gobernanta de Léonie von Puttkamer, que era tomada así como testigo. Dicha gobernanta (que más de una vez se muestra merecedora de su rango) no se negó en tal caso a ampliar su repertorio erótico ofreciéndoles “dos pececitos grises un tanto deslucidos”, entiéndase, en términos actuales, un consolador, por cierto que de una clase inédita, pero muy a la moda entre esas damas vienesas. A costa de sus vidas, arrojados por turno en el bidet del baño mientras cada una de las dos amantes lo cabalgaba desnuda, los peces se dedicaron brillantemente y con éxito a lo que se esperaba de ellos. Se rieron mucho.

Pero el bestialismo no es entonces la posición elegida de “esas damas”, así como tampoco para Sidonie Csillag (que no era de la partida). El bestialismo es el comportamiento de los hombres con respecto a las mujeres, con lo cual muchas de ellas saben jugar, sacar provecho (hay que vivir bien, engañar a la sociedad, y ellos tienen dinero), pero que les provoca un insuperable asco. Así, evocar el recuerdo del primer beso que Sidonie Csillag recibe de un hombre hace surgir de sus labios el término de “bestialismo”¹⁰¹. Se debe confrontar el acontecimiento con el otro beso que Sidonie Csillag le daba en los ollares a su yegua de Bangkok que olía tan bien¹⁰². Entre esas damas, el bestialismo se ha vuelto hombre —a menos que sea a la inversa. La violencia de las declaraciones que Léonie von Puttkamer le dirige a aquel a quien ella ha explotado hasta el fondo, y a quien ha engañado por

¹⁰¹ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 142.

¹⁰² *Ibid.*, p. 350. Traducción antropomórfica: “¡las narices!”.

un tiempo sobre sus capacidades sexuales, torna prácticamente amistosas las afirmaciones actuales que hemos llegado a oír proferidas por la líder de un grupo del cual ya no podrá sorprendernos que se denomine Zoo. Es cierto que Albert Gessmann, esposo de Léonie von Puttkamer, canalla como pocos, había hecho todo para merecer lo que Léonie von Puttkamer no le manda decir. Magistral en la inoculación de su veneno, se lo transmite en forma *escrita*, lo que acentúa su violencia, diciéndole sus cuatro verdades acerca de los puntos que se supone son los más sensibles y que lo son efectivamente: su orgullo, su estatuto social, su capacidad para hacer gozar a una mujer¹⁰³. Sidonie Csillag, al respecto, no se queda atrás: le arroja a la figura de su marido, que también tenía bien merecido ser tratado así, todo el asco que le inspira y, de una manera tan brutal cuanto no prevista por él, lo desilusiona sobre sus capacidades como amante¹⁰⁴.

SOBRE UN PRETENDIDO "PASAJE AL ACTO"

Notablemente, las tres tentativas de suicidio de Sidonie Csillag, la primera de las cuales fue considerada por Lacan como un "pasaje al acto", tienen lugar en circunstancias en que se vuelve a encontrar la mencionada configuración de a tres. ¿Se trata en verdad de un (o de tres) pasaje(s) al acto? Pues bien, no.

Primera tentativa de suicidio, la más conocida, o la peor conocida, por los lectores de Freud y de La-

¹⁰³ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, pp. 117-118, 120.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pp. 210, 317.

can. Durante un paseo, la pareja que forman Sidonie Csillag y Léonie von Puttkamer se encuentra, del otro lado de la calle, en presencia del padre de Sidonie Csillag, un padre al que ésta supone en principio dispuesto a ir a pedirle cuentas. No discutiré ahora la veracidad del relato de Sidonie Csillag, lo que ha realizado muy bien Thomas Gindele. Todas sus declaraciones, ya lo he dicho, son estratégicas, en función de su lección de amor, y no vemos por qué ese relato dejaría de serlo. Mientras que Freud y Lacan vinculan su gesto al encuentro con la mirada supuestamente "indignada" del padre, su relato lo asocia con la observación de Léonie von Puttkamer que, en respuesta a su fuga, le niega el amor que ella le propone, pero que en ese instante se revela como un amor bajo la condición de no ser declarado públicamente (jovencita, Sidonie Csillag aún tenía que hacer algunos progresos en la realización de su dominio [*maîtrise*]):

-[...] quisiera que todo el mundo lo sepa, pero...

-Precisamente a causa de ese "pero" será mejor que no nos vean juntas. Vamos, corre, y buena suerte.

Arrojarse por encima de la balastrada del ferrocarril le permitirá recobrar el dominio de la situación que por un instante había perdido: su padre no la castigará severamente y Léonie von Puttkamer, conmovida, se reconciliará con ella. ¿Qué ha pasado? Como un amo hegeliano, Sidonie Csillag enfrenta el riesgo de muerte y (re)conquista así su dominio. Por más extremo que haya podido ser, su gesto no deja de estar en perfecta confor-

midad y continuidad con lo que ella hace al amar a Léonie von Puttkamer. No hay allí ninguna dimensión de "escena sobre la escena", ninguna extrañeza (*Unheimlichkeit*), ninguna disparidad subjetiva (del tipo de las hermanas Papin que declaran no tener ninguna queja contra las dos mujeres que acaban de masacrar), ningún sentimiento que sin prever el acto provenga de otra parte, razón por la cual identificarlo como un pasaje al acto termina siendo una equivocación. Su gesto le ofrece a Sidonie Csillag exactamente lo que quiere, lo que supo querer y lo que sigue queriendo. No presenta ninguna medida común con el de las hermanas Papin¹⁰⁵.

Sucedirá lo mismo con su segunda tentativa de suicidio, esta vez con veneno. Tiene lugar en un mo-

¹⁰⁵ Ella le escribe una carta de amor a la baronesa al salir de su convalecencia y obtiene una cita. Astutamente, la baronesa acude pero... no sola, en compañía de su amiga Klara Waldmann (I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 29). De modo que Léonie von Puttkamer sabía mantener a Sidonie Csillag a buena distancia recomponiendo la configuración de tres, como quien vuelve a ponerse los esquís inmediatamente después de una caída. En ningún caso la baronesa podía admitir la lección de amor de Sidonie Csillag, que implicaba un desmantelamiento parcial de esa configuración. Como "iniciadora" prudente y atenta, se mantenía firme en que Sidonie Csillag supiera permanentemente que rechazaba tal desmantelamiento. Se lo manifiesta en acto, por ejemplo, al ofrecerle los poemas que le dedica Sidonie Csillag a alguna de sus aventuras (*ibid.*, p. 36), o bien obligándola a leerle durante varias tardes una obra muy licenciosa que hace temblar de horror y de asco a Sidonie Csillag (*ibid.*, p. 37). No hacía falta menos, en efecto, para "mantener" el amor de Sidonie Csillag a una justa distancia. Y también lo prueba, por si hiciera falta, aunque Freud ya lo reconocía, que para ser una prostituta no deja de poner en práctica, en ocasiones, un comportamiento altamente moral: la baronesa nunca la toca ni la introduce en el grupo de sus relaciones y de sus diversiones. Había entendido perfectamente que con Sidonie y para Sidonie se trataba de amor, solamente de amor.

mento en que Sidonie Csillag debe rendirse ante la evidencia de que no puede amar a Léonie von Puttkamer como ella pretende, tenerla "para ella sola"¹⁰⁶, y que además la baronesa no es exactamente la mujer a la que desea servir y adorar. En el momento en que la baronesa (que cuidadosamente dejaba a Sidonie Csillag al margen de sus escarceos sexuales¹⁰⁷) parte hacia Berlín, queda entonces claramente en posición de tercero excluido, abandonada. Pero en su acceso a un dominio asumido, su propio gesto, el riesgo que corre va a permitirle restablecerse de una manera perfectamente adaptada a la situación: antes que sufrir la pérdida de su amada, ella misma la rechazará recuperando el dominio de la situación. Le telegrafía a la baronesa firmando con el nombre de su padre: "Le pido que termine todo contacto con mi hija". El haber asumido el riesgo de muerte le permite confirmar, por así decir, la separación.

E igualmente con su tercera tentativa de suicidio. Sidonie Csillag está a punto de casarse, y además no con el muchacho que ama sino con el amigo de ese muchacho, o mejor dicho, su cómplice en sus veleidades de conquistar a Sidonie Csillag (de nuevo una situación de a tres). Ésta se halla a punto de ceder en su deseo, aun cuando la iniciativa fuera suya. Ines Rieder y Diana Voigt escriben:

Sin embargo, también entonces encontrará una salida -radical, como siempre que está con la es-

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 124.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 36.

palda contra la pared y que tiene miedo de decirle la verdad a su padre¹⁰⁸.

La bala pasa a dos centímetros del corazón y se aloja en el pulmón. Con lo cual ella puede devolver su anillo de bodas y en seguida obtiene de su padre y más ampliamente de su familia el beneficio nada despreciable que recibe el nombre de "respeto". En adelante, sin que nadie tenga nada que reprocharle, ella puede pasar "sus días en la casa, con la mente ausente, silenciosa, hundida en un sillón", menguando así poco a poco el dolor redoblado de su separación con Léonie von Puttkamer y con Fritz Dietz, "ambos amores irrealizados", escriben sobriamente Ines Rieder y Diana Voigt.

Sus padres y sus hermanos no se atreven a dirigirla la palabra, la esquivan casi caminando en puntas de pie, fascinados y conmovidos por su dolor¹⁰⁹.

No importa en este caso qué motivos psicológicos actúan en sus padres (¿su inquietud?); sólo cuenta el resultado, es decir, su comportamiento con relación a ella. Estamos en la primavera de 1926. Freud fue consultado por Antal Csillag en febrero de 1919 y atendió a su hija entre marzo y julio de 1919. Podemos apreciar el camino recorrido por Sidonie Csillag, particularmente dentro de su familia. En adelante, ni se plantea que alguien, aunque fuera su padre, vaya a llevarla con cualquier clase de médico. Es también el

¹⁰⁸ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 148.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 153.

camino de su acceso al dominio, adquirido luego de haber enfrentado un riesgo de muerte en tres ocasiones.

FREUD / LACAN / FREUD

Por cierto, Freud no se engañó, pero el problema para sus sucesores fue que *ella* nos enseña, y no él en su célebre artículo (su único artículo sobre la homosexualidad).

Al despedirse, el profesor Freud le dijo:

“Tiene usted una mirada muy astuta... No me gustaría encontrarla en la vida como enemigo suyo.”

¿Por qué Freud no nos ha referido esta afirmación que ella no podría haber inventado? Podemos ver en ella algo así como una intuición, como una sospecha de la radical incompatibilidad entre discurso del amo y discurso analítico, una incompatibilidad a la que Freud tenía que enfrentarse sin saberlo *del todo*. El motivo de ello es que él era un amo —lo que Lacan, al fin libre para decir abiertamente su impresión sobre Freud, llamaba su “enfermedad”:

Resulta cuanto menos sorprendente que el análisis no hable más que del yo y del ello, pero nunca de él. Sin embargo, él es un término que se impondría y si Freud desdeña tomarlo en cuenta es porque, hay que decirlo, es egocéntrico e incluso superego-céntrico. (*risas en el público*). De eso está enfermo. (*risas*) ¡Tiene todos los vicios del amo

que no comprende nada de nada! Porque el único amo, hay que decirlo, es la conciencia [...]”¹¹⁰.

¿Y Lacan? Disponía como único material del texto de Freud, a propósito del cual ya señalamos¹¹¹ que, excepto una palabra, no contenía ninguna cita propiamente dicha de Sidonie Csillag —es apreciable la diferencia de presentación clínica, *id est* la evacuación de la literalidad, si confrontamos esta “observación” (Freud) con los relatos de casos de los *Estudios sobre la histeria*, del “hombre de los lobos”, del pequeño Hans o bien del “hombre de las ratas”. Basándose en esa única palabra, Lacan va a verse envuelto en un monumental contrasentido, pero un contrasentido que debe situarse justamente al lado [*à côté*] de lo que se trataba. Más allá de su invención del objeto *petit a*, Lacan lee el significante *niederkommen*, activo a sus ojos, que para él funciona dentro de lo que cataloga como un “pasaje al acto”, como si ya no indicara un deseo de tener un hijo con el padre (su primera lectura, seminario *La relación de objeto*, en enero de 1957), sino el hecho de que la muchacha *SE deja caer*. Lucien Favard y Thomas Gindele han señalado la lectura forzada realizada entonces: el añadido al *niederkommen* del término *lassen* que no figura en absoluto en el texto de Freud¹¹². Y precisa-

¹¹⁰ “L’insu que sait de l’Une-bévue s’aile à mourre”, según el seminario de Jacques Lacan, *L’Unebévue*, N° 21, París, L’Unebévue ed., febrero de 2004, p. 117.

¹¹¹ En este mismo libro, “Corrección I”, p. 40, nota 34.

¹¹² Thomas Gindele, “Freud, Lacan, Sidonie: desfasajes”, en *Sidonie Csillag...*, *op. cit.*, p. 400. El añadido, me señala Vianney Piveteau, es más exactamente el de *sich lassen*, al menos de manera invisible, porque Lacan no lo dice en alemán sino en francés (véase sesión del 16 de enero de 1963: “Sólo el *dejar caer*, el *dejar caer* puede realizarlo”).

mente, en cada una de sus tres tentativas de suicidio, Sidonie Csillag no SE deja caer; muy por el contrario, a través de ese gesto reiterado en que su deseo, en cada ocasión, prevalece sobre el cuidado de mantenerse con vida, ella se construye, se establece como amo. Si por el contrario no hubiese corrido el riesgo de muerte en las tres circunstancias mencionadas, Sidonie Csillag verdaderamente se hubiera dejado caer como amo.

Ex falso sequitur quod libet: de una falsa identificación (la del "pasaje al acto"), Lacan extrae una verdad, la definición del pasaje al acto como reacción a "toda súbita puesta en relación del sujeto con lo que él es como objeto *petit a*¹¹³". ¿Dónde situar entonces ese punto en que Sidonie Csillag era susceptible de dejarse caer? Nada menos que en lo que habría sido un renunciamiento a producir su lección de amor como amante, renunciando a lo que se presentaba indisociablemente como su amor a la dama (a lo largo de su vida, varias mujeres se ubicarán allí) y su enseñanza referida al amor. Precisamente, aquello a lo cual no renuncia de ninguna manera en sus tres tentativas de suicidio. Como amo, ella se hubiera dejado caer si hubiese regulado su vida a partir del "pero" del "te amo pero" que tan exactamente habrá sabido señalarle Léonie von Puttkamer; o si no hubiese arbitrado los medios, en la segunda tentativa de suicidio, cuando la evidencia era incontestable, para renunciar a la baronesa; o si, en la tercera tentativa, dominándose ella misma (con gran precisión, se dice en primera persona: "*je prends sur moi*" ["yo me domino"], frase

¹¹³ J. Lacan, sem. *La angustia*, sesión del 16 de enero de 1963.

que debe transliterarse: "*je prends surmoi*" ["yo asumo un superyó"]), se hubiese casado. Y también se hubiera dejado caer si hubiese aceptado asociar libremente en el diván de Freud.

En otras palabras: la identificación de Sidonie Csillag como objeto *petit a* no está allí donde Lacan la sitúa. Ella no es, como objeto *petit a*, esa mirada paterna indignada que se ha mencionado. No está ahí su dirección (dijimos que esta dirección es "cualquiera"). ¿Qué es entonces ella como objeto *petit a*? No una mirada, sino una voz. Lo cual no podía ser mejor transmitido que mediante el gesto de Ines Rieder al traer con ella a Francia, pues bien, precisamente... la voz de Sidonie Csillag, la misma, aunque estuviera ya gastada por la edad, que había resonado en el consultorio de Freud. Sidonie Csillag, o la voz de su amo. No es para nada necesario meditar largamente o siquiera inventar un saber (lo que no por ello carecería necesariamente de pertinencia) para empezar a sospechar que el soporte pulsional de la perrería del amor no es otra cosa que la "pulsión invocante". Algo que fue efectivamente puesto bajo la mirada de millones de aficionados a la música en la forma siguiente¹⁴:

¹⁴ La historia menor cuenta que, al morir su hermano, el pintor Francis Barraud adoptó a su pequeño fox terrier Nipper y heredó su gramófono. Un día en que hacía funcionar el fonógrafo, advirtió el interés que despertaba en el perro, quien parecía reconocer el aparato. Francis Barraud pinta esa escena conmovedora, titula a su cuadro *His master's voice* y luego abandona la tela, que se decide a terminar en 1899. A fin de ponerla al día, pide a la Gramophone Company de Londres un gramófono más moderno. Para agradecerlo, le muestra su cuadro a William Barry Owens, dueño de la Gramophone Company, quien inmediatamente decide comprárselo, con todos sus derechos, por cien libras.



La dirección de la enseñanza de Sidonie Csillag puede por eso también formar una imagen. Cualquiera puede ir al concierto, lo que por lo tanto puede decirse: amar de concierto*.



En las *Investigaciones de un perro*, Kafka expresa la incidencia de esa “musicalidad creadora que sólo la raza canina ha recibido como herencia¹¹⁵”. En par-

* Traduzco literalmente. En el original, *aimer de concert* puede aludir tanto a un gusto por los conciertos como a un “amar concertadamente” [T].

¹¹⁵ Franz Kafka, *Descripción de una lucha. Investigaciones de un perro*, bilingüe, traducido del alemán y anotado por Claude David, París, Gallimard, 1989, p. 167 [En español: *Investigaciones de un perro*, Barcelona, Seix Barral, 1985, p. 554]. En su prólogo, Pietro Citati señala que se trata de uno de los dos únicos textos de Kafka (escrito en 1922, en el momento de la redacción de *El castillo*) donde el único personaje dice “yo”, y añade que “[...] esta vez Kafka se acerca más a sí mismo de lo que nunca lo había hecho” (p. 9).

ticular, esa “embaucadora” música obliga a quien la escucha a “doblar las rodillas”¹¹⁶. Huyendo en un comienzo, aislándose en un bosque, de esa primera experiencia traumática, “*troumatique*”* (Lacan), el narrador perro de Kafka pronto se dará cuenta de que ese refugio no le ofrece una verdadera solución; decide entonces reunirse con el grupo de sus congéneres concertistas (cuyo modo de presentarse es el de la aparición¹¹⁷), convirtiéndose a su vez en un maestro [*maître*]¹¹⁸. Proseguirá solo sus investigaciones, hasta la experiencia extrema de un ayuno llevado al límite en que una música lo alcanzará, la “demoníaca de Kierkegaard, dionisiaca de Nietzsche” (así la describe su biógrafo Pietro Citati), que no puede soportar oír sino por un breve instante, la música del gran perro de caza (Dios, según Pietro Citati), de la cual deberá huir, que lo obliga así a ponerle fin a su ayuno experimental¹¹⁹. Nada expresa mejor que esa insostenible y por lo tanto puntual experiencia, narrada al final de las *Investigaciones de un perro*, la imposibilidad de toda súbita puesta en relación del sujeto con lo

¹¹⁶ *Ibid.*, ed. en español, p.556.

* Neologismo formado a partir de *trou* (“agujero”) y *traumatique* (“traumático”) [T.].

¹¹⁷ J. Allouch, “El mejor amado”, *L’Unebêvue*, N° 21, art. citado.

¹¹⁸ F. Kafka, *op. cit.*, en español, p. 556.

¹¹⁹ Quien se proponga tratar la así llamada anorexia podría prevenirse de tomarlo... como ejemplo. Nada es peor para el perro narrador de Kafka (véase F. Kafka, , *Investigaciones de un perro*, *op. cit.*, en español, p. 558) que el hecho de que otros perros, al percibir su ausencia, emprendan algo contra él, vale decir, contra aquello que sin saberlo busca al ayunar, que no es el ayuno en cuanto tal sino la experiencia en la que desemboca el ayuno, para la cual el ayuno es una vía, es la vía, la experiencia de un encuentro que por sí solo puede ponerle un verdadero fin al ayuno. La anorexia en efecto es “santa”. Lo que se llama tratamiento de la anorexia implica cortar esa vía, levantar un muro para que no se alcance la salida efectiva.

que él es como objeto *petit a* (Lacan). Como Plotino, el perro narrador de Kafka –sin nombre, como es debido, porque ningún nombre es adecuado para decir cómo el “sujeto” es barrado por el objeto *petit a*, ni siquiera la letra \mathcal{S} – sabe que su experiencia es incommunicable (p. 279).

Este relato confirma plenamente la composición de la red que intento aquí tejer con Sidonie Csillag y cuyos puntos nodales resultan ser: una posición de amo; un objeto: la voz; una determinada relación con el lenguaje (la misma que Cervantes hacía visible y que en Kafka se expresa como ausencia, nunca colmada, de una verdadera palabra); y un saber supuesto, acerca del cual Kafka subraya que es de un orden diferente al científico. En efecto, nos vemos llevados a llamar “supuesto” a ese saber canino porque “[...] no solamente supera las posibilidades intelectuales de cada uno sino las del conjunto de los sabios”¹²⁰; asimismo porque ese saber, que podría llegar a poner en cuestión el deseo de preservar la vida, sigue siendo un saber callado, pero también porque se presenta como un hueso para roer cuya médula, objeto de la búsqueda, contiene “el terrible veneno del conocimiento y del arte que había infectado el cuerpo de Kafka a lo largo de toda su vida”¹²¹:

“[...] ¿por qué les reprochas su silencio a los demás y tú mismo permaneces silencioso?” La respuesta es fácil: porque soy un perro. En lo esencial, tan cerrado como los otros, ofreciendo resistencia

¹²⁰ *Ibid.*, p. 187.

¹²¹ Del Prólogo de la ed. francesa, que no se encuentra en español, *Ibid.*, p. 13.

(*Widerstand*) a mis propias preguntas, duro a fuerza de miedo (*Angst*)¹²².

Perro sabio, nunca se está seguro de no ladrar sus preguntas y volverlas así “poco inteligibles”¹²³. ¿No es acaso la práctica de aquellas que se han llamado a sí mismas, recientemente en Francia, “perras de guardia”? Lacan:

Con el lenguaje, ladramos (*emite una risita*) después de esto [se trata de lo que acaba de llamar “el alma-de-tercero”] y lo que quiere decir S del gran A barrado (*vuelve al pizarrón*) es lo que esto quiere decir, que esto no responde¹²⁴.

¿Qué se decía recientemente en los medios de onda para manifestar el colmo de una satisfacción? No “¡super!” o “¡genial!”, sino, ratificando sin saberlo la afirmación de Lacan: “¡guau!”, ladraban.

Sorprendemos pues a Lacan en 1963, en el mismo momento en que se aparta del “empaternamiento” freudiano¹²⁵, que todavía sigue preso de lo que luego sabrá reconocer como un posible extravío para el psicoanálisis¹²⁶. En consecuencia, la lección

¹²² F. Kafka, *op. cit.*, p. 561.

¹²³ *Ibid.*, p. 554.

¹²⁴ J. Lacan, “*L'insu que sait de l'Une.bévue s'aile à mourre*”, *op. cit.*, sesión del 18 de enero de 1977, p. 74.

¹²⁵ Sidonie Csillag afirma que su padre era petiso, rechoncho y feo; para Freud jera de gran estatura! ¿Y qué le responde ella a Freud cuando éste le sugiere que ella habría deseado tener un hijo con su padre? Para apoyar lo que considera como la inconveniencia absoluta de semejante idea, le hace notar no que se trata de su padre, tampoco que está prohibido acostarse con su padre, sino la fealdad de ese padre. Decididamente. Sidonie Csillag fue una esteta.

¹²⁶ Véase *L'Unebévue*, N° 8/9, primavera/verano de 1997, “No hay padre simbólico”.

de amor de ese amo [*maître*]* pasa desapercibida, aun cuando Lacan evoca justamente el amor cortés con relación a “la joven homosexual”. Pues esa alusión –pertinente– a un saber referencial no impide que le resulte desapercibida la inflexión, el acento singular que Sidonie Csillag hace caer sobre la cortesía, es decir, su presentación de la perrería del amor.

Hay un bestiario del amor, y del amor cortés, que debe distinguirse del bestialismo.

*Y sitot lop m'apellatz.
no m'o tenh a deshonor.
ni se-m baton li pastor.
ni se-m sui per lor cassatz.*

Y si me llaman lobo / no lo considero deshonoroso / ni que me apaleen los pastores / ni ser ahuyentado por ellos, dice una *canço* de Peire Vidal, citada y estudiada por Jacques Roubaud¹²⁷. En este caso, como en Sidonie Csillag, el amor son “la bella y la bestia”, y acaso sea lo que subrepticamente se les endose a los niños que aprenden latín cuando los hacen declinar: “la rosa, la rosa, la rosa”, conjuntamente con “el amo, el amo, el amo”***. Y Jacques Lacan sin embargo lo habría sabido, puesto que les proponía a los psicoanalistas, en Viena además, que se convirtieran en los perros de una Diana identificada con la verdad según

* En este caso, como siempre que se habla de lección o de enseñanza, el término debería traducirse “maestro” [T.].

¹²⁷ Jacques Roubaud, *La Fleur inverse, l'art des troubadours*, París, Les Belles Lettres, 1994 (1ª edición, París, Ramsay, 1986), p. 65-67.

** El autor se refiere a los modelos de la primera declinación (*rosa, rosae*) y de la tercera (*dominus, domini*) [T.].

Freud¹²⁸. En cambio, no habría advertido que se trataba de recibir a Sidonie Csillag exactamente como proponía que se recibiera a Freud, como alguien que entrega una enseñanza.

¿Qué papel habrá desempeñado Freud en el hecho de que esa enseñanza de Sidonie Csillag haya llegado a nosotros? ¿Alguna vez habría visto la luz este libro, firmado por Ines Rieder y Diana Voigt, si Sidonie Csillag no hubiera sido en una época la “joven homosexual” de Freud? O más exactamente, ¿no había tenido la misma suerte de doble vida que la suya, por un lado con lo que nos refieren Ines Rieder y Diana Voigt, y por el otro, el insistente rumor que suscitó entre los freudianos y que escondía, en el trasfondo, en divergencia con respecto a dicho rumor (un mecanismo de aislamiento, hubiera podido decir Freud), los encuentros y la correspondencia que mantuvo con Eissler? El instante presente, el momento de este libro, es aquel en que esas dos vidas coinciden. Forma parte de su historia, porque la historia de una vida no se cierra cuando esa vida termina. Poco antes de morir, Sidonie Csillag todavía siente la necesidad de hablar de Freud a sus dos nuevas amigas, de honrar a Freud, diría yo, puesto que Freud sigue siendo la única de todas las personas con las que pudo encontrarse que es tratada así:

Llena de rabia y desprecio, se acuerda del profesor Freud, y aún hoy siente una alegría maligna al pensar que él no había entendido un comino de

¹²⁸ J. Lacan, “La cosa freudiana”, *Escritos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, T. 1, p. 418. Lacan cierra su intervención con un alejandrino (y un juego de palabras) donde Diana representa la verdad freudiana, siempre en los márgenes “[...] y, a fin de cuenta, más bien inhumana [...]”: “Diana reconocerá por lo que valen los perros...”

ella. Era un cretino (*volltrottel*), no tendrá remordimientos en decirlo¹²⁹.

“Rabia”, “remorder”: es la perra que con la frase “es un cretino” deja caer a Freud. ¿Freud destituido como sujeto supuesto saber? Pero haría falta que hubiese sido instaurado como tal, lo que veremos en seguida. ¿Freud: su no amable objeto *petit a*? ¿Freud: una voz sin amor? ¿Se deduce que, según los imprevisibles caminos que le reserva a cada uno la ex-sistencia (incluyendo la existencia *post mortem*) y sin saberlo, Sidonie Csillag habría concluido en cierto modo su análisis con Freud? ¿Un psicoanálisis que la habría hecho advenir no como freudiana sino como csillagiana?

Procuremos responder a estas preguntas que algunos, en el momento de leer estas líneas, acaso juzguen descabelladas. Pero antes, resolvamos una objeción. Un impugnador benévolo podría replicar: “¿Usted dice que un amo no podría prestarse, ofrecerse al psicoanálisis, usted dice que Sidonie Csillag fue un amo, y ahora resulta que conjetura que ella habría hecho su análisis con Freud! Tales afirmaciones carecen obviamente de coherencia.” Respondería que en efecto parecen francamente contradictorias, pero... no desde Lacan. La formalización lacaniana de cuatro discursos permitió en efecto ubicar el discurso del amo como *reverso* del discurso psicoanalítico. Un reverso que tiene pues una determinada relación con su anverso. ¿Por qué deberíamos suponer, a no ser por el prejuicio que inscribe en cada uno el espíritu geométrico, que no habría ninguna posibilidad de pasaje de uno al

¹²⁹ I. Rieder, D. Voigt, *Sidonie Csillag...*, op. cit., p. 388.

otro? La banda de Moebius está construida precisamente para hacernos presente la posibilidad de esa posibilidad. Me corresponde pues a mí señalar ahora ese punto de empalme, luego de una torsión, entre el anverso y el reverso. Mostrando entonces cómo, dándole la espalda al psicoanálisis y a Freud, Sidonie Csillag habría hecho su análisis con Freud, lo habría hecho al revés.

A tal fin, confrontemos la enseñanza de Sidonie Csillag y la de Schopenhauer. ¿Qué dice este último? Que comparado con el amor de las mujeres (es conocida su escandalosa misoginia), el de los perros ofrece una cualidad mucho mejor, es sencillamente viable mientras que el amor de las mujeres —ese polo negativo de la humanidad— no lo es. El perro no engaña, el perro sabe hacerse entender unívocamente, el perro se deja poseer sin gran dificultad, sin tener ninguna necesidad por su parte de ir a escondidas a cortejar a otro amo; no hay en el perro ninguna veleidad de hacer sufrir a su amo. Pero sobre todo, agrega Schopenhauer:

Lo que me hace tan agradable la compañía de mi perro es la *transparencia de su ser* [subrayado mío]. Mi perro es transparente como el cristal. Si no hubiera perros, no me gustaría vivir¹³⁰.

¹³⁰ Schopenhauer, *Dolores del mundo, pensamientos y fragmentos*, trad. del alemán por Jean Bourdeau, prefacio de Didier Raymond, París, Rivages poche, 1990, p. 207-208.

Pensemos en el cuerpo de vidrio, signo patognómico de locura en Descartes, y ya en Cervantes (véase el cuento *El licenciado Vidriera*). ¿Acaso esa transparencia es una idea loca? ¿O bien una ilusión, sostenida por el amor y que ofrece un acceso al ser? Sea como fuere, el hecho es que su perro va a consolar a Schopenhauer (a su muerte, lo convertirá en su legatario) del amor y la felonía de las mujeres.

Schopenhauer no inventa ese juego mujer/perro del que encontramos huellas incluso en la antigua Grecia. En Simónides, al que Nicole Loraux comenta en *Los hijos de Atenea*, la mujer está del lado de la diversidad animal, sucesivamente yegua, mona, perra, cerda, etc. En una nota, ella añade:

kyôn [por lo tanto, en masculino] es indiscutiblemente la perra, ya que para los griegos la "perre-ría" se dice en femenino¹³¹ [...].

Pareciera que, aun en género masculino, el perro es frecuentemente hembra. ¿Sería también el caso de los cínicos, lo que aumentaría la insolencia de hacerse pasar por perro cuando se es un hombre en Grecia?

Con Michel Tournier, ese juego perro/mujer manifiesta su dimensión *competitiva*. Tournier escribió en *Le Figaro*, el 8 de abril de 1999, un artículo titulado "Casos de zoofilia". Recuerda en primer lugar el pasaje del *Génesis*, II, 18-24, donde, según dice, la zoofilia aparece como "la primera forma de sexualidad

¹³¹ Nicole Loraux, *Los hijos de Atenea*, París, Maspero, 1981, p. 104.

considerada por Yahvé para Adán". Tras comprobar que no era bueno que el hombre estuviera solo, el Creador

[...] hace desfilar a todos los animales ante él, esperando que se enamorara de una oveja, una becerro o una leona. Por desgracia, Adán acepta darles un nombre a cada uno de los animales, pero ninguno resulta atractivo para él. En última instancia, Yahvé recurre a la cirugía. Le hace sufrir a Adán la primera anestesia de la historia y le amputa una costilla a partir de la cual forma a Eva, la primera mujer.

Luego de mencionar, usando el mismo anacronismo, la "zoofilia" griega (el término data de 1859), Tournier desemboca en la de Balzac, efectivamente notable y singularmente desarrollada en *Una pasión en el desierto*. La historia habla de un soldado del ejército del general Desaix, que primero es hecho prisionero por los magrebíes y luego se escapa, tras lo cual se refugia en una cueva donde, en medio de la noche, va a unirse con él una pantera. Balzac describe su amor y, según Tournier:

Hay que leer esas líneas ditirámicas donde Balzac se complace en mezclar los rasgos de la belleza femenina más embriagadora con detalles evidentemente bestiales. Se aman... Por desgracia se nos ocultan los pormenores de sus caricias.

Ese amor no terminará mejor que otros, sino que para el enamorado soldado zoófilo desembocará,

como otra versión del amor platónico, en la experiencia mística del esplendor del desierto, de Dios. En Schopenhauer, el perro es un amado posible. A partir de allí, vemos cómo se ubica la enseñanza de Sidonie Csillag: mientras que Schopenhauer separa el amor de los perros y el amor de las mujeres, ella los pliega uno sobre el otro, los identifica.

Así aparece lo que llamaría, con un término suyo, su "inocencia", lo que le ofrece entonces *post mortem* el reconocimiento de esa inocencia que ella esperaba de Freud. ¿Su inocencia? Entendamos con ello no solamente su relación con la sexualidad ("inocencia" es el verdadero nombre de esa relación), sino también la "transparencia de su ser" que mencionaba Schopenhauer. Sidonie Csillag o el amor llevado hasta la transparencia del ser, o el amor encaminado hacia la transparencia del ser. Esta es su enseñanza. Sidonie Csillag: una lejana alumna de Plotino¹³².

¹³² Una tercera figura puede volver a desplegar el abanico de las posibles relaciones mujeres/perros. Mientras que dicha relación es de exclusión en Schopenhauer (el perro expulsa a la mujer), de identificación en Sidonie Csillag (la mujer que se vuelve perro), Lacan los hace cohabitar parcialmente (separando al mismo tiempo el conjunto de las mujeres). El 29 de noviembre de 1961 (seminario *La identificación*), les dice a sus oyentes cómo se comporta con él su perra Justine. Al nombrarla así, ¿habrá confirmado acaso la observación de Paulhan según la cual: "Hay pocos hombres que no han soñado con poseer una Justine"? Aquel 29 de noviembre de 1961, Lacan conoce el peligro que puede suscitar el hecho de haber puesto el acento en la función de la palabra y el campo del lenguaje. Tal acentuación podía dar a entender que para él se trata de "restablecer el corte entre la especie canina y la especie humana" —lo que ese día pretende refutar, recuperando así una obsesión de Kafka, "ese destino de hierro que hace que los perros sólo puedan ser perros, los hombres sólo hombres" (Pietro Citati, en F. Kafka, *op. cit.*, p. 12). Su perra, dice entonces, tiene la palabra, y que no tenga la "capacidad de transferencia" no reduce en absoluto con su interlocutor (es decir, el mismo Jacques Lacan, su amo) "el campo patético" de

Sucede pues que su enseñanza nos ha llegado. El acontecimiento obedece en primer lugar al hecho de que a pesar del comienzo torcido de su análisis con Freud ella tenía, y no su padre, en verdad algo que demandarle a Freud, y no era otra cosa que el reconocimiento de su inocencia básica —algo que Freud le negó:

No me resultaba antipático —pero lo que era antipático, naturalmente, era todo ese asunto. Lo peor fue cuando me dijo que tal vez yo hubiese preferido tener el hijo con mi padre, cuando mi madre finalmente tuvo también un hijo que es diecisiete años más joven que yo; y entonces ese cretino —es todo lo que puedo decir— e inaudita, despiadadamente, ¡qué idea!, y a una muchacha... si no fuera un completo cretino, a pesar de todo debió darse cuenta de que yo era completamente inocente¹³³.

las “relaciones humanas”. El placer que puede extraer de su relación con Justine (a la que no maltrata, aclara) es del mismo orden que el que puede obtener con... una “mujer mundana”. Y resulta pues que en este caso hace su entrada en su seminario su cama matrimonial. La mirada que le dirige Justine, trepada en esa cama, orgullosa “de ocupar un sitio cuya significación privilegiada reconoce perfectamente”, y también temerosa del gesto que pronto va a echarla de allí, esa mirada es la misma que le ofrecerá una mujer mundana luego de salir del cine con él y tras dedicarse a hacer un comentario ditirámico de la película cuando haya advertido hasta qué punto Lacan se había “aburrido”. Y otra figura femenina evocada por presentar un rasgo común con su perra: su portera, que realizaba el mismo “temblor labial” que Justine. Por lo tanto, si Justine tiene un lugar de mujer, en Lacan es sólo con motivo de esas dos figuras femeninas que son la mujer mundana y la portera. Pero resulta que también en él vuelve a encontrarse un privilegio canino: su perra nunca lo toma por otro —otra manera de decir que no transfiere, que el otro no podría dirigirla hacia el gran Otro.

¹³³ Ines Rieder tuvo luego la feliz iniciativa de hacer escuchar en Francia, a quienes pudieron verla durante su gira de presentación de la

Señalemos que el rechazo fue el comienzo: mientras que ella avanza muy excitada por primera vez en el consultorio de Freud, aprestándose tras una reverencia a besarle la mano, Freud con un gesto rechaza ese contacto¹³⁴. “Fue la única vez, observa ella, en que lo vio sonreír”. ¡Oh, cuán diferentes hubieran sido las cosas si Freud, aceptando que le besara la mano, hubiese podido con ello seguir sonriéndole¹³⁵! Mientras que su rechazo lo torna, para toda la serie de sus entrevistas, “muy serio y por completo inaccesible”. Desolador. En la medida en que esa sonrisa (debe leerse también el término con su sentido en el argot*) tiene también el nombre de castración.

No obstante, a las puertas de la muerte, ella persiste y afirma: “A pesar de todo debió darse cuenta de que yo era completamente inocente”. Tal parece pues el punto en que Freud fue y sigue siendo para ella un sujeto supuesto saber. De donde se deduce el error “técnico” de Freud. La cuestión no es en absoluto saber si su interpretación (desear un hijo de su padre) es exacta o equivocada. La cuestión es que se haya empeñado en formularle no *esa* interpretación

obra, la voz de Sidonie Csillag diciéndole estas palabras (traducción de Thomas Gindele): *Er war mir nicht unsympathisch – aber unsympathisch war mir natürlich die ganze Angelegenheit! Das Ärgste war wie er mir gesagt hat, das ich vielleicht lieber das Kind mit meinem Vater gehabt hätte, wie meine Mutter hat doch noch einen Sohn bekommen, der siebzehn Jahre jünger ist wie ich; und da hat der Trottel – kann ich nur sagen – und – unerhört – unerbittlich – die Idee! und das einem... wenn er kein Volltrottel war, muss er doch gesehen haben, dass ich vollkommen unschuldig war!*

¹³⁴ I. Rieder, D. Voigt, Sidonie Csillag..., op. cit., p. 41.

¹³⁵ Me ha tocado comprobar la importancia de esa sonrisa en el lugar del psicoanalista: J. Allouch, “De Lacan... me importa un bledo”, en *Los años Lacan*, bajo la dirección de Markos Zafiroopoulos, París, Anthropos, 2003.

* Es decir, en un sentido sexual [T.].

sino cualquier clase de interpretación que dejara entender que ella no era inocente. Pero es inocente, y Freud hubiera debido decírselo, aclarándole además (dejando así abierta su demanda) que estaba descartado para él, su psicoanalista, ir a gritar eso *privadamente**, empezando por la privacía familiar, y que le correspondía a ella hacer conocer esa inocencia. Dicho error freudiano hará que Lacan en 1963 considere al texto en que Freud habla de ella no tanto como expresión de su "caso", sino como testimonio de un punto de extravío de la práctica freudiana.

Por lo tanto, según ella, Freud sabía de su inocencia. No veo otro motivo más serio y más decisivo que esa suposición y que pueda dar cuenta de su sostenida actividad epistolar con Kurt Eissler (un avatar de Freud). El hilo de su relación con el sujeto supuesto saber seguirá pues tenso hasta el término de su vida. Vale decir, la publicación de esas cartas, si alguna vez ocurre, equivaldrá al momento en que la comunidad psicoanalítica al fin recobraría, tras un largo rodeo, la sonrisa inaugural de Freud. Entonces, finalmente, su psicoanálisis al revés se hallará cerrado.

P. S. HISTÓRICO. En su obra *Maestros y discípulos*, George Steiner desbroza el campo de las relaciones maestro/discípulos desde la Antigüedad hasta nuestros

* En el original, dice "*sous les toits*" (literalmente: "debajo de los techos"), que juega con la expresión "*sur les toits*" y que junto al verbo "*crier*" ("gritar") se traduce como "pregonar a gritos, decir a voces". Para incorporar el matiz paradójico de la preposición *sous* en ese contexto, traducimos haciendo un oxímoron que consideramos que da el sentido de la argumentación [T.].

días¹³⁶. Por cierto, el autor persiste en su desconocimiento del estatuto de lo escrito, aunque poco importa para lo que ahora nos interesa. La introducción de la obra intenta hacer una tipología de esas relaciones, si bien la continuación de su desarrollo no la utiliza. Juguemos pues el juego: ¿dónde clasificar entonces, dentro de esa tipología, la enseñanza de Sidonie Csillag? Por cierto que no en la figura del maestro [*maître*] transmisor, oyente y mensajero de un *logos* revelado, que enseña la Toráh, el Corán o el Nuevo Testamento. Tampoco en la figura de un maestro que considera demasiado peligroso lo que tiene que transmitir, reservándolo pues para algunos elegidos, con lo cual funciona entonces el dispositivo esotérico/exotérico, como con Pitágoras (y Lacan según Jean-Claude Milner —opinión que no comparto). En cambio, Sidonie Csillag parece que bien pudiera llegar a inscribirse en una clase mixta de las otras dos figuras que distingue Steiner. Un maestro que enseña mediante el ejemplo, que muestra, cuya enseñanza es ostensible; y al respecto Steiner recordará el latín *dicere*: mostrar, el inglés medio *token* y *techen*, que connotan “lo que muestra”, el alemán *deuten*: “mostrar con el dedo”. Tal como Sócrates, Wittgenstein y algunos otros, Sidonie Csillag enseña existiendo. Pero dicha enseñanza depende también de otra figura del maestro, la que Foucault sacó a la luz, donde dejan de desatenderse las relaciones de fuer-

¹³⁶ No puedo mencionar aquí la obra de Steiner sin señalar que debe leerse con una sola mano, quedando la otra reservada... a otra obra, *El sexo del amo*, cuyas tesis se ven entonces confirmadas. Steiner no solamente subraya en casi todas sus páginas el carácter erótico de la relación maestro/discípulo, sino que también se toma el trabajo de aclarar de qué postura erótica se trata, que yo he llamado felación: “Lo esencial es el sexo oral, ‘la pipa en la biblioteca es la misa negra del campus’” (p. 68). ¿Cómo indicarle mejor al lector de *El sexo del amo* que efectivamente no se trata del *katapugón*?

za entre maestro y discípulo, a la cual Steiner asocia también *La lección* de Ionesco —sobre la que observa con mucha pertinencia que es lo más opuesta posible al *Menón*. Que seamos pues los *hetairoi* de ese maestro, Sidonie Csillag, es lo que proponen las páginas que se acaban de leer. Tomemos nota de que, en un universo de dominación [*maîtrise*], el amor adquiere la figura de una perrería*.

P. S. DE ACTUALIDAD. ¿Acaso la lección de amor de Sidonie Csillag no podría informar útilmente la relación pedagógica moderna, que no se atreve a decir su nombre, me refiero a la domesticación de los niños? Paulhan ya había vislumbrado esa proximidad entre el niño y el animal (metonímicamente: el perro) cuando escribía que las mujeres saben “estar a gusto con los perros y los gatos” pero también hablarles “a esos medio locos, los niños”¹³⁷. Un niño de cuatro años hoy está perfectamente al tanto de que un vaso de Coca equivale a cinco terrones de azúcar, y cuando le preguntan por qué le gustan los kiwis, responde que porque tienen vitaminas, y cosas por el estilo; sabe controlar su alimentación de acuerdo a lo que exige la dietética, ha incorporado los datos del biopoder. Le exigirá a su papá que le ponga el cinturón de seguridad, regañará a su mamá si insiste en fumar. ¿Podemos llamar de otro modo que no sea “domesticación” lo que le han puesto en la cabeza?

* O “perrada” [T.].

¹³⁷ Jean Paulhan, “La felicidad en la esclavitud”, en Pauline Réage, *Historia de O*, París, Pauvert, 1954-1972, p. XVII.

La misma Sidonie Csillag establece un puente entre animales domésticos y niños¹³⁸, ya que además de su perro Petzi, cuando estaba en Tailandia, se encariñó mucho con un monito, hasta el punto de dudar en separarse de él cuando tuvo que volver a Europa junto a su madre moribunda, hasta el punto de que pensó en regresar al lugar (tiene entonces setenta y seis años) para recogerse en su tumba diez años después de haber sabido de su deceso. El mono se llamaba Chico: "niño", "muchacho" en español, una lengua que Sidonie Csillag hablaba. Cuando había llegado a Bangkok, había elegido a Chico, todavía un bebé, entre tres gibones. Él supo despertar "el instinto maternal de su protectora", quien usó una estratagema para separarse de él, que algunos padres creen que deben emplear en circunstancias idénticas. Ella maldijo a Dios por su fallecimiento que le hizo abandonar la fe. ¿Se ama a los niños de otra manera que no sea conforme a la perrería del amor tal como nos la indica Sidonie Csillag?

¿Acaso su lección de amor no sería capaz de instruir también a los freudianos? Es sabido el éxito que le han otorgado al artículo de Freud "Pegan a un niño", notoriamente escrito en base a lo que Anna Freud le confesaba a su papanalista (sus fantasías masturbatorias). Estamos en el mismo momento en que Sidonie Csillag comparte con Anna Freud el célebre diván (ella tiene derecho a cinco sesiones semanales, Anna a seis). "Pegan a un niño", sí, pero ¿cómo?

¹³⁸ Otro puente entre lo animal y lo humano es el poema *Pépée*, donde Léo Ferré expresa su duelo: "Tenías las manos como raquetas Pépée [...] Tenías los ojos como ventanillas Pépée [...] Tenías el corazón como un tambor Pépée [...] Quisiera tener las manos de la muerte Pépée."



Condesa de Ségur, *Las niñas modelo*.

Ilustración de Bertall, París, Hachette, 1982.

No he sabido que la pregunta haya sido planteada. La respuesta sugerida por la enseñanza de Sidonie Csillag: le pegan a un niño como se le pega a un perro querido, no por el placer de golpearlo, ni tampoco para hacerle daño, sino para domesticarlo (algo que la idolatría y la carga de esperanza de las que el niño es actualmente objeto tornan difícilmente perceptible). En el momento de concluir estas líneas, *Le Monde* me informa (el 5 de febrero de 2004) en su primera página: la Corte suprema de Canadá “dice sí a la nalgada suave”.

ENVÍO

El amor perro, el amor como amo, ¿en qué se basa? ¿A qué se enfrenta y que le proporcionaría su límite? Al amo absoluto, a la muerte. En lo cual difiere particularmente del amor romántico, pues la perrería amorosa es con *muerte excluida*. Pero una exclusión que la habita internamente, que por ejemplo indican la multiplicidad como tal de los amores de Sidonie Csillag, o bien el compromiso sintomático puesto en práctica en la casa de Freud con aquella sorprendente costumbre que consistía en llamar con el mismo nombre a varios perros sucesivos.

Se entrevé allí un deseo de inmortalidad del objeto amado/amante por excelencia que es el perro.

Aunque es conveniente que ese deseo de inmortalidad no se sostenga con demasiada intensidad. Si así fuera, la problemática amorosa cae en la histeria donde se realiza otra figura del amor.

Y resulta que podemos leer esa caída en la impotencia de Júpiter para distraer a Sémele de su deseo de inmortalidad¹³⁹:

JÚPITER (*aparte*)

La entiendo demasiado bien,

Pero no debo escucharla:

¹³⁹ *Sémele*, Georg Friedrich Haendel, libreto de William Congreve adaptado de *Las metamorfosis* de Ovidio, 1744, acto II.

Ella anhela la inmortalidad
Con peligrosa ambición.

JÚPITER

Rápido, tengo que distraerla
Antes de que se explaye demasiado.
El amante sufre una doble pena
Cuando la ninfa exhala su queja
Y él debe hacerle oídos sordos.



ÍNDICE

Prefacio, 8

CORRECCIÓN I

Homosexualidad femenina y psicoanálisis:
el paso en falso corregido por Lacan, 13

CORRECCIÓN II

Amar como amo.
Sobre la enseñanza de *alias* Sidonie Csillag, 63

Envío, 123